BENJAMIN MARTIN SANGHEZ
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

Patrología

SANTOS PADRES DE LA IGLESIA

Padres apostólicos y doctores

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

NIHIL OBSTAT
El censor: Antonio Martin Llamas Lic. en S.E.
Zamora, 3 diciembre 1986

IMPRIMATUR
Lic. Benito Pelaez, Vicario General del Obispado

ISBN 84-7656-035-4
Depósito Legal B- 12.831-87
Printed in Spain
Impreso en España

Impreso y encuadernado por:
E.S.G. S.A. Lisboa, 13. Barberà del Vallès (Barcelona).

PRESENTACION

Querido lector: Aquí tienes un breve estudio de los llamados Padres y Doctores de la Iglesia, y que ofrezco a todos por creerlo de suma importancia, ya que tanto su personalidad como su doctrina entroncan con la misma doctrina de Jesucristo y de sus apóstoles y vienen a ser testigos de la doctrina tradicional de la Iglesia y a su vez transmisores de la verdad del cristianismo.

«La denominación de Padres de la Iglesia se identifica, en parte, con la de *Doctores de la Iglesia,* los cuales, si no poseen todos el carácter de la *antigüedad,* tienen por el contrario, estas otras notas: la *eminente erudición* y la *expresa declaración de la Iglesia.*

La Iglesia considera como infalible el unánime sentir de los Padres, *Unanimis consensus patrum,* cuando se trata de interpretar la Sagrada Escritura (Vat. I). Sin embargo, este *consensus* no requiere, según los teólogos, la unanimidad numérica, sino solamente la moral.»

La finalidad que me ha movido a escribir este pequeño libro es hacer llegar a las manos de todos este estudio de los Padres de la Iglesia para que cuando oigan decir: *Como dice San Agustín, como dice San Jerónimo,* etc., conozcan la autoridad de los mismos y fechas en que escribieron.

Yo me voy a limitar a exponer quiénes son los Padres de la Iglesia, cuáles son los Padres apostólicos, y los principales de la Iglesia de Oriente y Occidente con sus respectivas biografías terminando con las de todos los que han sido declarados Doctores de la Iglesia.

BENJAMIN MARTIN SANCHEZ

Zamora, 15 de noviembre de 1986.

SANTOS PADRES Y DOCTORES DE LA IGLESIA

¿Quiénes son los Padres de la Iglesia? En sentido *general* se consideran como Padres de la Iglesia al Papa y a los obispos.

En sentido *propio* son los Doctores de la Iglesia que vivieron en los primeros siglos del cristianismo, y que reúnen estas condiciones:

1.ª Excelencia de doctrina; 2.ª santidad de vida; 3.ª antigüedad, y 4.ª reconocimiento oficial por parte de la Iglesia.

Aquellos a quienes faltan estas condiciones se llaman «escritores eclesiásticos», y tales son entre otros: *Orígenes,* director de la escuela catequística de Alejandría (m. 254); *Tertuliano,* presbiterio de Cartago (m. 240); *Eusebio de Cesarea* en Palestina, obispo e historiador (m. 340)...

Padres apostólicos

Estos son los que vivieron en tiempo de los apóstoles y en contacto con ellos, tales como:

— *San Clemente Romano,* tercer sucesor de San Pedro (m. 99).
— *San Ignacio de Antioquía* (m. 107)
— *San Policarpo,* obispo de Esmirna (m. 155).
— *Papías,* obispo de Hierápolis de Frigia (a. 130).

También se consideran como escritos apostólicos: *La Didajé* o doctrina de los apóstoles; *El Pastor de Hermas,* y *Carta de Bernabé.*

Padres y Doctores de siglos siguientes

Aunque son muchos citaré los principales griegos y latinos:

— *Los griegos o de la Iglesia de Oriente:*
San Atanasio, obispo de Alejandría (m. 373); *San Basilio,* obispo de Cesarea de Capadocia (m. 378); *San Gregorio Nacianceno* (m 389), y *San Juan Crisóstomo.*

— *Los latinos o de la Iglesia de Occidente:*
San Ambrosio, obispo de Milán (m. 398); *San Agustín,* obispo de Hipona (m. 430).
San Jerónimo, traductor de la Biblia (m. 420, y *San Gregorio Magno,* Papa (m. 604).

De todos éstos haremos su respectiva biografía, y al final pondremos la de los santos proclamados como «Doctores de la Iglesia que asciende a treinta y dos.

LOS PADRES APOSTOLICOS

Se entiende por Padres apostólicos aquellos autores que, verdadera o supuestamente, estuvieron en relación con los apóstoles. Estos son:

San Clemente de Roma

San Clemente es uno de los más ilustres y venerados de la antigüedad cristiana. Fue obispo de Roma. Gozó de gran fama; a pesar de no conservarse más que una de sus obras: la carta a los Corintios, la que fue considerada como canónica por la Iglesia siriaca.

Orígenes y el historiador Eusebio identifican al autor de esta carta con el colaborador de San Pablo citado en la carta a los Filipenses (4,3). Según San Ireneo fue el tercer sucesor de Pedro en la silla de Roma (Pedro, Lino, Anacleto, Clemente). Y en sentir de Tertuliano, Clemente fue ordenado por el mismo San Pedro.

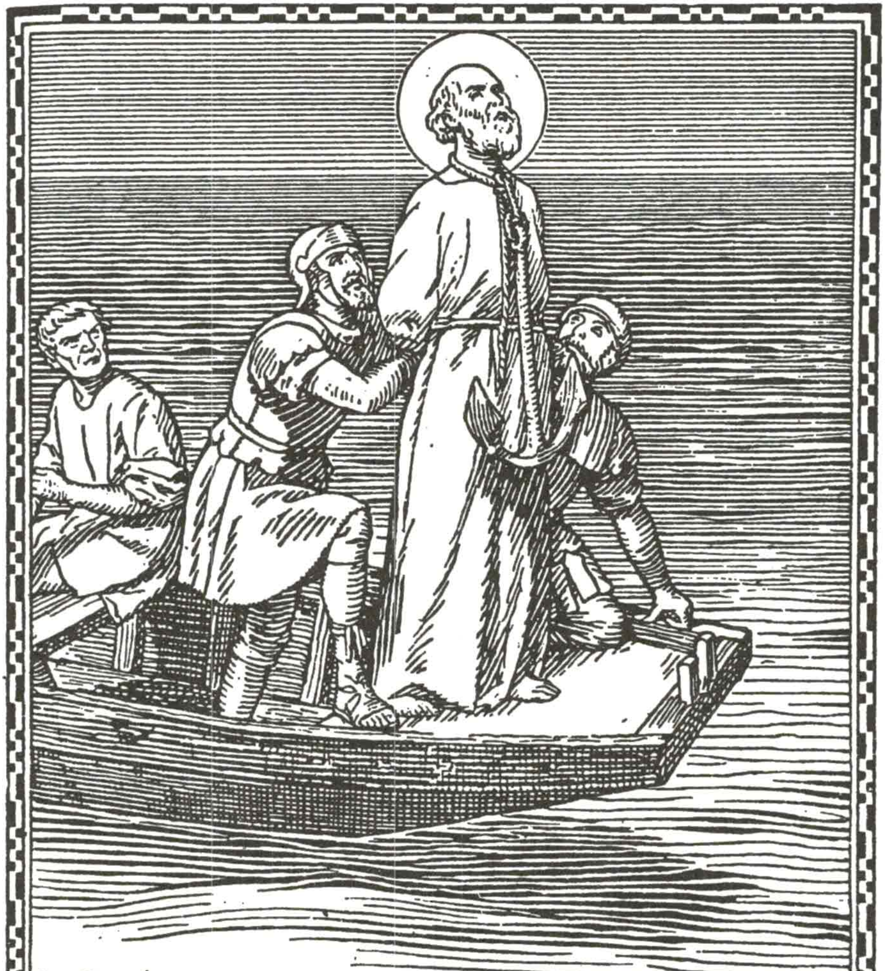
San Ireneo al trazar el catálogo de los obispos de Roma nos da el siguiente testimonio de capital importancia:

«Después que los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo hubieron echado los fundamentos y edificado la Iglesia de Roma, encomendaron el servicio del episcopado a Lino. De este Lino hace mención Pablo en sus cartas a Timoteo (2 Tim. 4, 21). A Lino le sucede Anacleto, y después de éste, en el tercer lugar después de los apóstoles, hereda el episcopado Clemente, el cual había visto a los bienaventurados apóstoles y tratado con ellos y conservaba todavía aposentada en sus oídos la predicación de los apóstoles y su tradición ante los ojos. Y no era él solo, pues todavía vivían entonces muchos que habían sido enseñados de los apóstoles.

»Ahora bien, bajo el pontificado de este Clemente habiendo estallado una sedición no pequeña entre los hermanos de Corinto, la Iglesia de Roma escribió una carta, copiosísima, a los corintios, demostrándoles la necesidad de la paz, y renovando la fe de ellos y la tradición que la Iglesia romana acababa de recibir de los apóstoles»...

Orígenes cita con veneración la primera carta y dice que los primeros cristianos la equiparaban a las Sagradas Escrituras. En ella hallamos bellos pensamientos como éste:

«*Nadie puede huir de Dios.* Ahora, pues, siendo cierto que todo es por El visto y oído, temámosle y demos de mano a los execrables deseos de malas obras, a fin de ser protregidos por su misericordia de los jui-



Como no pudiera Aufidio quebrantar la firmeza y constancia de San Clemente, mandó a los sayones que le llevasen en una barquilla mar adentro y que con un áncora al cuello le arrojasen al agua. Pensaba, con ello, burlar la devoción de los fieles, impidiéndoles poseer las reliquias del Santo.

cios venideros. 2. Porque ¿dónde podrá nadie de nosotros huir de su poderosa mano? ¿Qué mundo acogerá a los desertores de Dios? Dice, en efecto, en algún paso la Escritura: 3. *¿Adónde me escaparé y adónde me esconderé de tu faz? Si me subiere al cielo, allí estás Tú; si me alejare hasta los confines de la tierra, allí está tu diestra; si me acostare en los abismos, allí tu soplo.* 4. ¿Adónde pues, puede nadie retirarse o adónde escapar de Aquél que lo envuelve todo?»

De la vida de San Clemente nos dice una tradición que cuando llevaba nueve años en el gobierno de la Iglesia, lo denunciaron como jefe de la misma ante el emperador Trajano. Detenido y llevado a presencia de su juez, declaró Clemente su personalidad.

Para no manchar sus manos con la sangre de un anciano venerado como padre de los pobres y consolador de los desgraciados, condenóle aquel a trabajar en las minas de la península del Quersoneso (la Crimea actual).

Clemente encontró allí más de dos mil cristianos condenados a trabajar en las canteras de mármol. Su presencia fue de gran aliento para aquellas inocentes víctimas. Entre otros mil tormentos que sufrían los santos mártires, era uno la falta de agua, la cual habían de traer a cuestas de más de dos leguas. Movido nuestro Santo por las lágrimas y sufrimientos de aquellos ilustres desterrados pidió a Dios se compadeciese de sus fieles siervos. El Señor escuchó su oración, y en el lugar por él señalado hizo brotar una fuente de agua abundante, fresca y saludable.

A la fama de este prodigio, muchos de otras partes, al verlo, pidieron el bautismo, y al saber el emperador Trajano que iba en aumento el pueblo cristiano y que a los que amenazaban con el martirio, marchaban gozosos a él, mandó a su general Aufidiano, para que cediesen a la muchedumbre y que obligasen sólo a San Clemente a sacrificar a los dioses del imperio; mas viéndole tan firme en el Señor y que se negaba en absoluto a mudar de sentir, dijo Aufidiano a los verdugos:

«Tomadle y llevadle al medio del mar y, atándole al cuello un áncora de hierro, arrojadle al fondo, para que no puedan los cristianos recoger su cuerpo y venerarle en lugar de Dios.»

Hecho esto toda la muchedumbre estaba junto a la orilla del mar llorando. Y luego dijeron Cornelio y Febo, discípulos de San Clemente: «Oremos todos unánimes para que el Señor nos muestre el cadáver de su mártir». Orando, pues, el pueblo, el mar se retiró, y los fieles entrando por la tierra seca pudieron recogerlo. Por este suceso, todos los pueblos del contorno creyeron en Cristo, y por su intercesión después de su muerte se obraron muchos milagros.

Ignacio de Antioquía

Ignacio, con el sobrenombre de *Teóforo (= Portador de Dios),* rigió la Iglesia de Antioquía como segundo sucesor de San Pedro (que fue el fundador de aquella comunidad cristiana, juntamente con San Pablo).

Un día de enero del año 107, siendo emperador romano Trajano, un pelotón de soldados recibió orden de conducir a Roma a Ignacio, al que hasta entonces había sido cabeza de la comunidad antioquena, para que él fuese con otros condenados a muerte arrojado a las fieras en el anfiteatro Flavio, y así se le concediese el honor de ser espectáculo del *Populus romanus.*

Durante el viaje hacia Roma escribió el Santo *siete cartas*, y precisamente cuatro en Esmirna y tres en Troade, y después escribió otra a los romanos suplicándoles que no hicieran diligencia alguna ante el emperador para alcanzar la libertad. Las cartas escritas por San Ignacio nos ponen de manifiesto su vida santa y sus sentimientos. Los siguientes párrafos que transcribimos de su carta a los romanos son elocuentes:

Trigo soy de DIos... (IV, 1-3)

«Por lo que a mí toca, escrribo a todas las iglesias, y a todas las encarezco que yo estoy pronto a morir de buena gana por Dios, con tal que vosotros no me lo impidáis. Yo os lo suplico: no mostréis para conmigo una benevolencia inoportuna. Permitidme ser pasto de las fieras, por las que me es dado alcanzar a Dios.

»Trigo soy de Dios, y por los dientes de las fieras he de ser molido, a fin de ser presentado como limpio pan de Cristo. Instigad más bien a las fieras, para que se conviertan en sepulcro mío y no dejen rastro de mi cuerpo, con lo que, después de mi muerte, no seré molesto a nadie. Cuando el mundo no vea ya ni mi cuerpo, entonces seré verdadero discípulo de Jesucristo. Suplicad a Cristo por mí, para que por esos instrumentos logre ser sacrificado para Dios.

No os doy mandatos como Pedro y Pablo. Ellos fueron apóstoles: yo no soy más que un condenado a muerte; ellos fueron libres; yo hasta el presente, soy un esclavo. Mas si lograre sufrir el martirio, quedaré liberto de Jesucristo y resucitaré libre en El. Y ahora es cuando aprendo, encadenado como estoy, a no tener deseo alguno.»

Atado a diez leopardos

«Desde Siria a Roma vengo luchando ya con las fieras, por tierra y por mar, de noche y de día, atado que voy a diez leopardos, es decir,

Diez soldados, más crueles que leopardos, conducen a San Ignacio de Antioquía a Roma para sufrir el martirio. Al pasar por Esmirna le sale a recibir el gran obispo San Policarpo, que le abraza con transportes de veneración. Abrazo de dos grandes corazones; de dos Santos.

un pelotón de soldados. Ahora que, en sus malos tratos, aprendo yo a ser mejor discípulo del Señor, aunque no por esto me tengo por justificado.»

¡Ojalá goce yo de las fieras que están para mí destinadas y que hago votos porque se muestren veloces conmigo! Yo mismo las azuzaré para que me devoren rápidamente, y no como algunos a quienes, amedrentadas, no osaron tocar. Y si ellas no quisieren al que de grado se les ofrece, yo mismo las forzaré.

Perdonadme: yo sé lo que me conviene. Ahora empiezo a ser discípulo. Que ninguna cosa, visible ni invisible, se me oponga, por envidia, a que yo alcance a Jesucristo. Fuego y cruz, y manadas de fieras, quebrantamiento de mis huesos, descoyuntamientos de miembros, trituraciones de todo mi cuerpo, tormentos atroces del diablo, vengan sobre mí, a condición sólo de que yo alcance a Jesucristo.

Porque ahora os escribo vivo con ansias de morir. Mi amor está crucificado y no queda ya en mi fuego que busque alimentarse de materia; sí, en cambio, un agua viva que murmura dentro de mí y desde lo íntimo me está diciendo: "Ven al Padre".

No siento placer por la comida corruptible ni me atraen los deleites de esta vida. El pan de Dios quiero, que es la carne de Jesucristo, del linaje de David; su sangre quiero por bebida, que es amor incorruptible.»

Llegó a Roma el santo Obispo con estos admirables sentimientos, y el 20 de diciembre (fecha que traen las mejores Actas) alcanzó la gracia tan ardientemente deseada: molido por los dientes de las fieras, se convirtió en pan de Cristo. Los cristianos se apresuraron a recoger los huesos que las fieras no trituraron, y puestos en una caja, fueron transportados a Antioquía, y más tarde cuando los sarracenos invadieron a Siria las reliquias del santo mártir fueron devueltas a Roma y colocadas en la basílica de San Clemente.

San Policarpo

San Policarpo, que en su juventud había visto y oído muchas veces al apóstol San Juan, fue consagrado, según dice Tertuliano, por el mismo San Juan, obispo de Esmirna.

Cuando Marción, desterrado por su obispo, le preguntó si le conocía, le respondió Policarpo: »Ciertamente te reconozco, hijo primogénito de Satanás» (así lo refiere San Ireneo).

Ireneo también dice que San Policarpo escribió numerosas cartas a comunidades cristianas y a personas particulares. En la actualidad sólo se conserva una dirigida a los Filipenses en la que da numerosas instruc-

ciones acerca de la verdadera fe y de la vida cristiana e insiste especialmente en la obediencia debida «a prebísteros y diáconos».

En febrero del año 155 fue conducido al anfiteatro de Esmirna, rebosante y resonante de muchedumbre pagana, y el procónsul Estacio Cuadrado le dijo que si blasfemaba de Cristo le pondría en libertad.

Policarpo le respondió: «Ochenta y seis años que le sirvo y ningún daño me ha hecho: ¿Cómo puedo maldecir de mi Rey, que me ha salvado?».

Como el progreso del cristianismo en Asia se atribuía a Policarpo, sus enemigos querían darle muerte, y esto lo realizaron ya al fin de su vida. La arrojaron a un león hambriento, pero el fiero animal se trocó en manso cordero; después fue echado en medio de las llamas de una inmensa hoguera, pero no ardió ni un hilo de su vestido ni se produjo la menor quemazón en su cuerpo. Finalmente, una tajante espada le cortó el hilo de la vida, abriéndole el reino de los cielos, que tan meritoriamente había conquistado con la santidad de su vida.

Papías de Hierápolis

Papías fue obispo de Hierápolis en Frigia, discípulo del apóstol San Juan y compañero de San Policarpo, según el testimonio de San Ireneo.

Hacia el año 130 escribió cinco libros titulados: *«Explicaciones de las sentencias del Señor»,* tomadas en su mayor parte de las enseñanzas orales de los discípulos de los apóstoles. Papías es el que nos suministra el más antiguo testimonio sobre la composición de los dos primeros Evangelios, o sea de San Mateo y San Marcos.

Fue defensor del « milenarismo» y para decir cómo en el tiempo en que la ceación sea renovada y liberada, será grandísima la feracidad de la tierra y la felicidad y paz, lo hace en términos exhorbitantes como éstos:

«Vendrán días en que nacerán viñas que tendrán cada una diez mil cepas, y en cada cepa diez mil sarmientos, y en cada sarmiento diez mil ramas, y en cada rama diez mil racimos... Igualmente se dará un grano de trigo que producirá diez mil espigas, y cada espiga tendrá diez mil granos... Y así de los demás frutos y semillas y hierbas, conforme a la conveniencia de cada uno. Y todos los animales, usando de aquellos alimentos que se reciben de la tierra, se convertirán en pacíficos y unidos entre sí, sujetos a los hombres con toda sujeción.»

Así dice Papías habérselo oído a San Juan y que de este modo hablaba el Señor, y a los que no concebían estas cosas, el mismo Señor contestó: «Lo verán los que lleguen a aquellos tiempos».

ESCRITOS APOSTOLICOS

La Didaché o Doctrina de los doce Apóstoles

La Didaché (pronúnciese *Didajé*) es una obra pequeñita, especie de Catecismo y se le ha considerado como el más antiguo escrito cristiano, muy venerado en los siglos primeros de la Iglesia.

San Clemente y Orígenes tuvieron en alta estima a la Didaché y algunos la citaron como Sagrada Escritura. El manuscrito griego lleva este título más extenso: «*Doctrina del Señor (dada) a las naciones por medio de los 12 apóstoles*» e iba dirigida especialmente a los cristianos venidos de la gentilidad.

La doctrina que se presenta a estas naciones o gentilidad es la más elemental, de orden práctico o moral requerida para la iniciación cristiana. Tal es la primera parte de la *Didaché,* llamada *Doctrina de los dos caminos* (I-VI).

Transcribo el comienzo de este escrito, que dice así:

«Doctrina del Señor a las naciones por medio de los doce apóstoles.

Los dos caminos. Dos caminos hay, *uno de la vida y otro de la muerte;* pero grande es la diferencia que hay entre estos caminos.

Camino de la vida. Ahora bien, el camino de la vida es éste ; *En primer lugar, amarás a Dios, que te ha creado; en segundo lugar, a tu prójimo como a ti mismo. Y todo aquello que no quieres que se haga contigo, no lo hagas tú tampoco a otros*»...

El «Pastor» de Hermas

El Pastor» es un libro muy interesante que data del siglo II, el cual tomó este nombre del vestido de pastor que usaba el ángel de la aparición.

Este libro fue muy estimado en la antigüedad. Tertuliano y Orígenes lo incluyeron entre los de la Sagrada Escritura, si bien reconocieron que no faltaban quienes lo despreciaban.

¿Quién es el autor de El «Pastor»? Y si es Hermas, ¿quién es este Hermas? Algunos dijeron que es aquel de quien hace mención San Pablo escribiendo a los romanos (16, 14); pero siguiendo la noticia del Fragmento Muratoriano, era un hermano del obispo de Roma, Pío I, y lo confirma el catálogo Liberiano del 354. El Pontificado del Papa Pío I, se coloca en los años del 141 a 155.

Hermas es un hombre sencillo, profundamente religioso, valiente en la persecución, de visión un tanto limitada... El recibe de la Iglesia, que se le aparece en vestido de matrona, y de un ángel «de penitencia», una serie de revelaciones.

El libro contiene 5 visiones, 12 preceptos y 10 alegorías. En las cuatro primeras visiones contempla Hermas a la Iglesia como una matrona vestida de blanco, que poco a poco rejuvenece y que le ordena que amoneste a los suyos y a todos los cristianos a abrazar pronto prácticas de penitencia, ya que les ha sido concedido un plazo de tiempo determinado para arrepentirse. La penitencia es un medio de salvación para los pecadores.

En la visión 4.ª dice: «Salióme una fiera tan enorme que era capaz de destruir pueblos enteros... Esta fiera es figura de la tribulación que está para venir, que será grande... y por la penitencia podéis escapar de ella».

Transcribo uno de sus pensamientos: «El Pastor, el ángel de la penitencia, me ordenó que escribierta así todo lo que sigue:

La fe y el temor de Dios. «Ante todas las cosas, cree que hay un solo Dios, que creó y ordenó el universo e hizo pasar las cosas del no ser al ser, el que todo lo abarca y sólo El es inabarcable. Cree, pues, en El y témele y, temiéndole, sé continente. Esto guarda y arrojarás de ti toda maldad y te revestirás de toda virtud de justicia. Y si este mandamiento guardares, vivirás para Dios.»

Carta de Bernabé

Sobre el autor de esta carta se ha discutido bastante. Clemente de Alejandría y Orígenes la atribuían al apóstol Bernabé, pero hoy se niega sea del apóstol. El historiador Eusebio y San Jerónimo, por el contrario, la tuvieron como apócrifa. Su lugar de origen parece que fue Alejandría por la exégesis alegórica que hace de la Escritura, lo que revela la influencia de Filón.

La primera parte de la carta es dogmática (C. 1-17) y habla del valor y significado del A. Testamento; la segunda parte, de carácter moral (c. 18-21), describe al igual que la Didaché, los *dos caminos* llamados «de la luz y de las tinieblas».

Esta carta nos revela esta síntesis del cristianismo: «Tres son los decretos (dogmas) del Señor: la esperanza de la vida, principio y fin de nuestra fe: la justicia, principio y fin del juicio; el amor de la alegría y regocijo, testimonio de las obras de la justicia» (II, 6).

Llevar la alegría a los suyos es fin reiteradamente expresado por el autor de la Epístola... y que tiene sus raíces en las grandes realidades cristianas... Somos, pues, «hijos de la alegría, como somos también hijos de la paz», y sólo por haber acuñado tan bellas frases merece el autor nuestro honor y gratitud. ¡Alegría, caridad, paz! ¿No son esos tres de los más preciados frutos que se alimentan de la savia y jugo más sabroso del Espíritu?

ESCRITORES ECLESIASTICOS (primeros siglos)

Orígenes

Orígenes es considerado como el sabio más grande de la antigëdad cristiana, el primer escritor eclesiástico. Nació en Alejandría en 185, recibiendo de su mismo padre Leonidas las primeras lecciones de filosofía. Mostró desde su juventud poderosa actividades e infatigable celo en la defensa de la fe.

A los 18 años de edad, su obispo Demetrio le nombró profesor de la escuela catequística de Alejandría, se hizo admirar por su saber, convirtió a muchos paganos y publicó numerosos escritos. A la edad de 25 años se dedicó al estudio del hebreo con el fin de utilizarlo para sus estudios bíblicos y comenzó su grande obra sobre la Escritura Santa *(Los Exapla)*.

En Cesarea fundó una escuela que adquirió bajo su dirección prodigioso desarrollo. Entre sus discípulos figuró San Gregorio Taumaturgo.

Durante la persecución de Decio fue aprisionado y horrorosamente atormentado en Tiro. Murió el año 254 poco después de la edad de 69 años.

Tertuliano

Tertuliano (su nombre completo es Quinto Septimio Florente *Tertuliano*) nació hacia el 160 en Cartago. Su padre fue un centurión romano de religión pagana. Recibió una sólida instrucción científica, llegando a ser el primer escritor de la Iglesia latina. Convertido al cristianismo hacia el 195, y él mismo dice que antes había llevado una vida disoluta.

Después de regresar desde Roma a Africa dio principio a su prodigiosa actividad literaria en favor de la Iglesia.

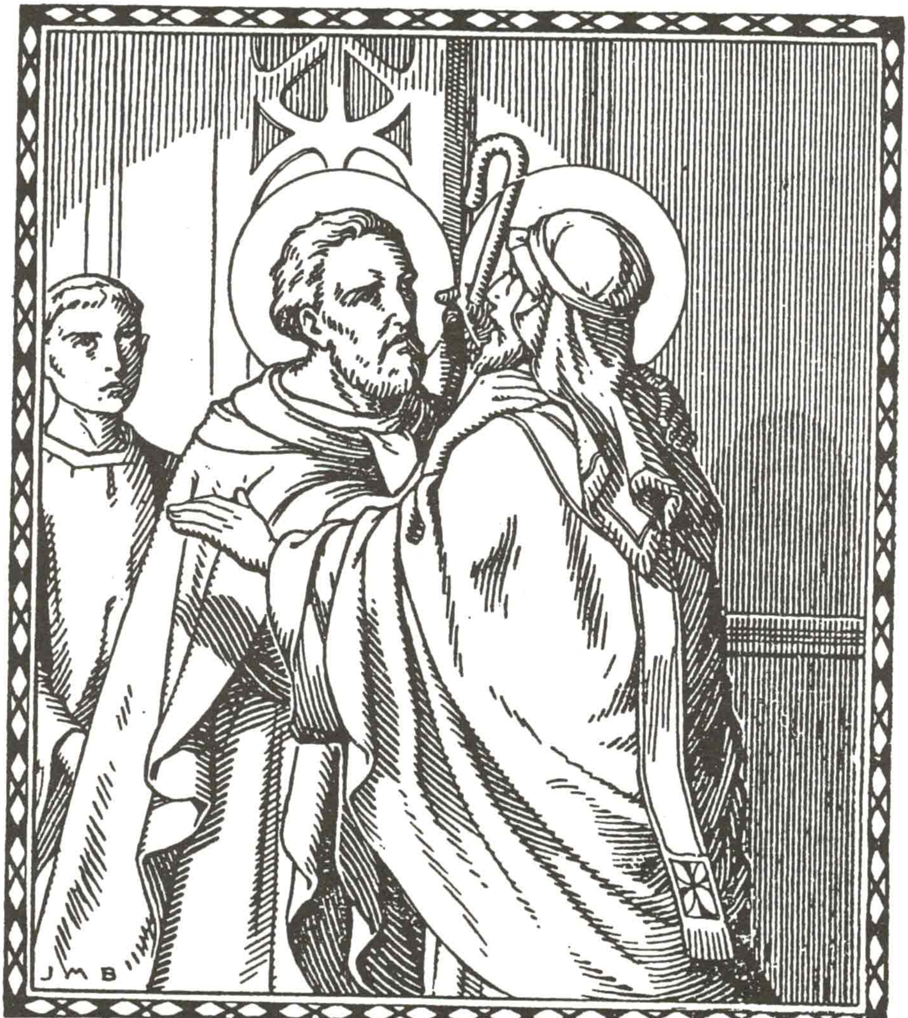
Era hombre grave y austero, conciso y oscuro en el estilo, enemigo de la filosofía pagana. En sus numerosos escritos suministra abundantes medios para la exposición de la doctrina cristiana (a pesar de su caída en la secta de los montanistas debido a su carácter austero y sombrío). Murió en Cartago, en edad ya avanzada después del 220.

Eusebio de Cesarea

Nació hacia el 263 en Palestina, quizás en Cesarea donde recibió una vasta cultura y fue elegido obispo del mismo Cesarea sobre el 313.

La fama de Eusebio está en haber sido un eminente historiador de la antigüedad cristiana, pues escribió diez libros de *Historia eclesiástica,* que comprenden desde la fundación de la Iglesia hasta la victoria de Constantino sobre Licinio (a. 324). Esta obra está dominada por un fin apologético: la historia del cristianismo y en particular la victoria final sobre el Estado, enemigo suyo, prueba ésta de su origen divino y de su legitimidad.

Murió el año 339.



El papa San Julio se despide del patriarca San Atanasio en el palacio de Letrán. La escena es altamente emocionante y conmovedora. Estas dos almas, que tanto se aman y tanto se han compenetrado, no pueden separarse sin honda pena. También para los Santos son dolorosas las despedidas.

SANTOS PADRES PRINCIPALES DE LA IGLESIA DE ORIENTE

San Atanasio

Atanasio es el más célebre de los obispos de Alejandría y figura entre las personalidades más destacadas de la antigüedad cristiana. Fue también el más ilustre defensor de la fe en el Concilio de Nicea.

Nació en Alejandría hacia el año 295. Al estudio de las letras humanas y de la filosofía agregó el de las Sagradas Escrituras, y deseoso de perfeccionarse en la virtud marchó en el 315 a la Tebaida al lado de San Antonio y bajo su dirección se entregó a los severos ejercicios de la vida ascética.

El obispo de Alejandría, que era entonces el patriarca Alejandro, como lo viese así formado, y descubriese en el joven Atanasio condiciones extraordinarias, le hizo clérigo, y le ordenó de lector en su propia catedral, y más tarde le hizo su diácono y, en consecuencia, su secretario, al que llevaría consigo más tarde al Concilio de Nicea, donde combatiría valientemente las doctrinas de Arrio.

¿Quién era Arrio? Conviene saber que Arrio era un párroco de Alejandría, y que aspiraba a ocupar el episcopado. Empezó interpretando mal la Sagrada Escritura y decía que Jesucristo no era Dios, y trató de imponer éste su error, repitiendo que Cristo, el Verbo del Padre, era una criatura elevada y perfecta como un semidios, pero simple criatura, y no era igual al Padre (ésta es en la actualidad la doctrina, en cuanto a Jesucristo, de los testigos de Jehová). Los que siguieron a Arrio fueron, por tanto, llamados arrianos.

Frente a Arrio y sus seguidores se levantó con gran valentía y con sincero realismo evangélico el joven Atanasio, a sus 23 años, y a instancias de él, el obispo Alejandro después de exhortar a Arrio para disuadirle, reúne un concilio en Alejandría que excomulga al herteje y condena sus doctrinas.

«Herido en su orgullo, Arrio despliega una actividad enorme viajando y escribiendo: gana para su causa a muchos obispos de Palestina y Asia, entre ellos a Eusebio de Nicomedia, cuya influencia pesaba mucho en la corte imperial, y distribuye copiosa abundancia de folletos, cartas, memoriales y versos. Es entonces cuando el Papa Silvestre y el emperador Constantino envían a Alejandría al prestigioso obispo de Cordoba,

Una tarde, Atanasio sale del retiro donde vive escondido y pasea en barca por el Nilo. De pronto ve cómo llega presurosa tras él una galera imperial. El centurión le grita y dice: —«¿Habéis visto a Atanasio?» Y el Santo, cambiando de voz, contesta: —«Sí, va delante de vosotros; daos prisa y lo alcanzaréis».

Osio, para recoger una información adecuada: Osio se da cuenta de la gravedad del movimiento herético, y él mismo, según parece, insinuó a Constantino la idea de reunir un concilio. Fue el de Nicea, el primero de los concilios ecuménicos o uniservales y uno de los más importantes de la historia, en cuyas sesiones preparatorias el diácono Atanasio dio la medida de su sagacidad, de su elocuencia y sus dotes de polemista y de dialéctico: sus intervenciones tuvieron un peso considerable en las decisiones del concilio, que condenó a Arrio.

Poco después del concilio, murió Alejandro, el santo obispo de Alejandría. Antes de morir había rogado a los obispos de su provincia eclesiástica que le dieran por sucesor a Atanasio; en efecto, fue designado el enérgico y piadoso diácono, que intentó huir impulsado por su humildad, para no ser obispo, pero el clero y el pueblo cristiano, le rogaron aceptase su nombramiento y lo aplaudieron.

Los destierros sufridos por San Atanasio

Desde entonces Atanasio fue el blanco de las iras de los arrianos, quienes para perderle inventaron irregularidades en su elección diciendo que había sido elegido por la presión del pueblo; después llegaron a la calumnia y le tocó sufrir cinco destierros.

1.° En Tiro reunieron un concilio donde llevaron la voz cantante los obispos arrianos y semiarrianos, y allí depusieron a Atanasio, y el emperador impresionado lo desterró a Tríveris, año 336 (primer destierro), de donde volverá cuatro años más tarde cuando muere Constatino, pues su hijo Constancio, el joven, le levantó el destierro.

2.° Los mismos de Atanasio, los que se habíam reunido en Tiro, se reúnen en Antioquía, donde revalidaron la deposición del Santo. Este tuvo que huir y se refugió (año 340) en Roma al lado del Papa Julio I (segundo destierro). Más tarde a petición del Sínodo de Sárdica (343), le fue concedido por el emperador Constancio la vuelta a Alejandría, y una vez que su rival el obispo Gregorio había fallecido, el 345.

3.° Más adelante las asambleas arrianas de Sardes y de Milán lo condenaron, y Constancio determinó otra vez su deposición. Entonces Atanasio se refugió entre los monjes del desierto egipcio (tercer destierro, año 356), pues tuvo que huir, porque el emperador impone a Jorge de Capadocia como obispo de Alejandría. Atanasio escribió varias obras durante este destierro.

4.° Juliano el Apóstata subió al trono a la muerte de Constacio, y para demostrar su indiferencia ante la lucha de católicos y arrianos, llamó de su destierro a todos los condenados por su antecesor. Entonces, y ante la muerte del usurpador Jorge de Capadocia, Atanasio volvió a su sede

en febrero del 362, y el pueblo recibió triunfalmente a su legítimo pastor. De todo Egipto llegaron gentes a la capital: las calles por donde pasaba el ilustre perseguido, montado en un asno como el Señor en Jerusalén fueron engalanadas iluminadas de noche.

La actividad y el celo de Atanasio fueron asombrosos, reunió un nuevo concilio para reconciliar a los semiarrianos con los partidarios del Concilio de Nicea, y entonces Juliano el Apóstata le ordenó que inmediatamente abandonara la sede por «perturbador de la paz y enemigo de los dioses» (cuarto destierro); pero nueve meses más tarde Juliano cae herido por una flecha en una expedición contra los persas, y Atanasio pudo volver a Alejandría.

5.° En el reinado de Joviano, inmediato sucesor de Juliano, la Iglesia pudo disfrutar de unos días de paz. Ocho meses después Valente, que sucedió a Joviano, dio un edicto desterrando a todos los obispos llamados por su predecesores. Viendo entonces Atanasio que se cernía sobre la Iglesia una persecución sangrienta y que podía ser la primera víctima, decidió huir y escapó aquella misma noche por el bien del pueblo, remontando en una barca las aguas del Nilo vestido de pescador antes de que fueran a prenderle; los esbirros le siguieron por el río, y al notar el santo que le iban a dar alcance, dio un viraje a la barca: los perseguidores le preguntan si habían visto a Atanasio, y él y sus acompañantes contestan: «Por ahí mismo ha pasado, delante de vosotros va; remad de firme y daréis con él».

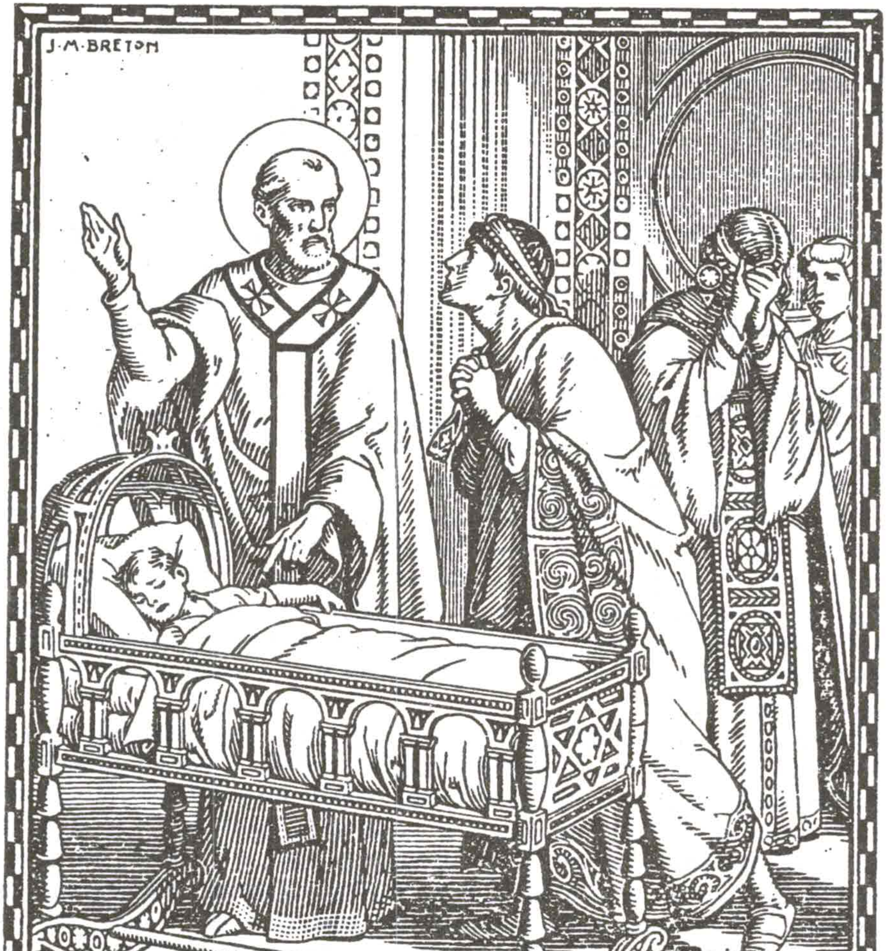
Atanasio se pudo luego refugiar no lejos de la ciudad hasta que pasados cuatro meses el pueblo le reclamó y pudo establecerse definitivamente en Alejandría y a partir de esta fecha, año 366, gobernó tranquilo su iglesia durante ocho años, los necesarios para ver la derrota casi definitiva de la herejía. El gobernó la Iglesia de Alejandría por espacio de 46 años, ya de lejos, ya de cerca sin abandonar sus sagrados deberes, y a su vez escribió muchos libros con el fin de llevar luz a todos.

Murió el 2 de mayo del 373, e inmediatamente después de su muerte comenzaron a honrarle, y es sin duda uno de los primeros obispos no mártires que haya recibido culto público.

San Basilio el Grande

Basilio, insigne obispo y doctor, fue uno de los Padres de la Iglesia griega que más brillaron en Capadocia y en la Iglesia primitiva.

Nació en Cesarea de Capadocia (Asia Menor) hacia el año 330. Sus padres se llamaban Basilio y Emelia, de los que heredó su celo religioso y sólida piedad. Su familia fue una familia de santos, pues santa fue su



Acometido de violentísima calentura el hijo del emperador Valente, suplica éste a San Basilio que pida a Dios la salud del enfermo. Accede el Santo; pero a condición de que el niño sea educado en la religión católica, cosa que acepta Valente. Tras una breve oración de Basilio, el moribundo comenzó a mejorar.

madre, su abuela Macrina y sus tres hermanos (de diez que fueron): Macrina (la joven), Gregorio, obispo de Nisa, y Pedro, obispo de Sebaste, pues todos estos tienen su nombre en el catálogo de los santos.

Muerto su padre, Basilio fue a estudiar a Cesarea, su ciudad natal, después a Constantinopla y últimamente a Atenas, centro entonces de todas las ciencias, y donde contrajo gran amistad con Gregorio de Nazianció, que también sería santo, y las siguientes palabras de éste, llamado el Nazianceno, nos revelan cuán estrecha era su amistad:

«Conducidos a Atenas por Dios y por el deseo de saber, seguíamos con igual ardor un objeto, motivo de grande envidia entre los hombres, la ciencia, pero a nosotros la envidia nos era desconocida. Disputábamos, no el honor de alcanzar la preeminencia, sino el renunciar a ella. Parece que no teníamos más que un alma encerrada en dos cuerpos. Nuestra ocupación común era la virtud y el vivir por la eterna esperanza, separándonos del mundo antes de abandonarle. Nos aplicábamos con más gusto a las ciencias útiles que a las agradables porque ésta es la fuente de la virtud o del libertinaje de los jóvenes. Solamente dos calles conocíamos en Atenas, la una conducía a la Igleisa, y la otra a las escuelas públicas.»

De esta manera se comprende que San Basilio hiciera tantos progresos en sus estudios. En medio de los desórdenes de sus compañeros lograron guardar intacto en su corazón el tesoro de la castidad. Apartábanse de los estudiantes viciosos, agrupaban a su alrededor a los virtuosos y se daban ya a conocer como guías influyentes. No dejó de notarlo su condiscípulo Juliano el Apóstata, el cual se juntaba a veces al grupo de los buenos y vistuosos estudiantes.

Terminados sus estudios. Basilio y Gregorio determinaron regresar a su patria. A ruegos de sus conciudadanos, Basilio puso cátedra de elocuencia en Cesarea el año 367; pero poco tiempo después determinó abandonar el mundo. Recibió entonces el bautismo, pero como él suspiraba por la vida monástica, recorrió por entonces la Siria y el Egipto para tratar de cerca a los que la practicaban, y de vuelta a Cesarea distribuyó todos sus bienes a los pobres y se retiró a las soledades del Ponto, no lejos de Neocesarea, ni del monasterio en que vivían su madre Emelia y Santa Macrina, su hermana.

Basilio con su amigo el Nazianceno compusieron por entonces la *Philocalia* de Orígenes, precioso florilegio de los escritos del doctor alejandrino, y redactaron *dos reglas monásticas* para los muchos monjes que desde luego se pusieron bajo su dirección. De esta manera San Basilio introdujo la vida monástica en el Ponto.

El obispo Eusebio consiguió el traslado de Basilio a Cesarea, y le indujo, hacia el 364, a que se dejara ordenar de sacerdote para trabajar en la dirección de las almas, y así lo hizo oponiéndose después a los proyectos del emperador Valente, que pretendía entregar a los arrianos los

templos de la ciudad. En aquellas circunstancias, San Basilio desplegó tanta energía que el emperador y los obispos que le acompañaban se retiraron avergonzados.

En 368 sintióse el azote del hambre en toda la Capadocia. y la caridad de San Basilio encontró medios de socorrer aquella necesidad, ya distribuyendo los cuantiosos bienes que había heredado de su madre, muerta por aquella fecha, ya también abriendo con su palabra los graneros de los ricos. A éstos, recordándoles al rico del evangelio que se preocupaba en construir mayores graneros para su mucha cosecha, les decía: «¿Buscáis graneros? Ya los tenéis: esos graneros son el estómago de los pobres hambientos».

* * *

A la muerte de Eusebio en el 370 fue elegido obispo de Cesarea, cargo que llevaba anejo el ser metropolitano de Capadocia... Sin embargo San Basilio continuó observando el mismo género de vida que en su monasterio, y mientras vivía en la mayor pobreza y se alimentaba de solo pan y legumbres, era pródigo en fundar escuelas y levantar asilos para los menesterosos y enfermos.

Fiel observante de la disciplina eclesiástica puso gran cuidado en desarraigar todos los abusos, principalmente la simonía del clero, y en no admitir para el servicio del altar, sino a personas de reconocida virtud. El ordenó y amplió la liturgia e introdujo en la iglesia de Cesarea un nuevo método de cantar los salmos...

Pero donde mayor celo desplegó fue en hacer frente al arrianismo. El año 371 volvió el emperador Valente a Cesarea con el objeto de implantar oficialmente la herejía. Ya había arrojado de sus sillas a otros obispos católicos, y esto pensaba hacer con Basilio; pero como éste le infundía miedo mandó delante al Prefecto Modesto con orden de obligar al santo obispo a comunicar con los arrianos o destituirle de su sede. Habiéndole amenazado el Prefecto con la confiscación, el destierro, los tormentos y la muerte, contestó San basilio:

«Ved si tenéis alguna otra cosa con qué intimidarme porque nada de lo que habéis dicho me impresiona. No temo la confiscación porque no poseo sino mis pobres vestidos y algunos libros; ni el destierro, porque donde está Dios allí está mi patria y además todo este mundo es para mí un destierro; y ¿cómo puedo temer los tormentos si apenas tengo cuerpo donde padecer ya que está tan exhausto y consumido?; en cuanto a la muerte será para mí un bien porque me restituiría a mi Creador, a quien sirvo y por quien vivo, aparte de que hace mucho tiempo que aspiro a ella», y como el Prefecto dijese «nadie hasta ahora me había hablado con tanto atrevimiento», le contestó el santo:, «porque tal vez no os habéis encontrado con ningún obispo».

Modesto, acudiendo entonces a la dulzura, añadió: «tened en cuenta

que ha de visitaros el emperador en vuestra misma iglesia, y que se contentará con que suprimáis del Símbolo la palabra «consustancial». Tendré por mucho honor, respondió el santo, ver al emperador en mi iglesia porque siempre le tengo por salvar un alma, pero en cuanto al Símbolo, lejos de quitar o añadir alguna cosa, ni siquiera toleraría que se cambiase el orden de las palabras».

Valente, a quien el Prefecto refirió esta escena, admirado de la fortaleza del santo dejó de molestarle un poco tiempo, y el día de la Epifanía del año 372 se presentó en la iglesia donde San Basilio celebraba los divinos misterios. Después éste lo recibió en la sacristía, y de tal manera le expuso la doctrina de la verdadera fe que a San Gregorio Nazianceno, que se hallaba presente, le pareció escuchar la voz del mismo Dios. Desde aquel momento el emperador se mostró más benigno con los católicos.

Por entonces sucedió este prodigio, que algunos refieren: Cuando estaban todas las cosas para ejecutarse el destierro de San Basilio, llegó a toda prisa un enviado imperial que llamaba a gritos al santo obispo para que pidiese a Dios la salud del hijo del emperador, acometido de violentísima calentura. El santo accedió; pero a condición de que el niño fuese educado en la religión católica, cosa que aceptó. Tras una breve oración de San Basilio, el moribundo comenzó a mejorar. Después el emperador, porque no se atribuye aquella mejoría a las oraciones del santo, hizo bautizar al día siguiente a su hijo por mano de los obispos arrianos. Con eso volvió a caer enfermo y murió al cabo de una hora.

También el prefecto Modesto cayó enfermo de gravedad y sanó por las oraciones de San Basilio, con quien tuvo de allí en adelante grande amistad.

Valente murió, finalmente, en el año 378. Con ello tornó la paz a la Iglesia. Su sucesor Graciano, restableció por ley la libertad religiosa, y Basilio pudo didicarse más intensamente a su labor pastoral; pero un año más tarde, extenuado por los trabajos y ayunos, Basilio se consumió prematuramente el 1 de enero del 379. Contaba sólo entonces 49 años de edad.

Basilio, que fue uno de los oradores cristianos más elocuentes, escribió muchas obras que pueden dividirse en exegéticas, dogmáticas, ascéticas, homilías y cartas. Sólo sus cartas reconocidas como auténticas suman unas 365, las que nos hablan de su prodigiosa actividad.

San Gregorio Nazianceno trazó así su semblanza: «Buen consejero, diestro colaborador, expositor de los libros santos, fiel intérprete de sus obligaciones, báculo de su ancianidad, columna de su fe».

San Gregorio Nacianzeno

Gregorio Necianzeno, uno de los grandes Padres de la Iglesia Oriental, nació hacia el año 330 en la villa de Arianzo, aldea próxima a Nacianzo de Capadocia (Asia Menor). Su padre se llamaba también Gregorio, el cual perteneció muchos años a una secta pagana. Su madre Nona o Nonna, mujer de gran piedad, como pasasen algunos años sin tener sucesión, estaba triste porque su mayor anhelo era tener un hijo para ofrecérselo al Señor. Al fin Dios escuchó sus plegarias, viéndose inundada de dicha al poder dar cumplimiento a sus deseos: ya tenía un hijo para ofrecerlo a Dios.

Posteriormente, Nona fue madre de San Cesareo y de Santa Gorgonia. Con sus fervorosas oraciones consiguió la conversión de su esposo, quien adjuró los errores del paganismo y fue dechado de virtudes cristianas. Ejerció el cargo de primer magistrado de Nacianzo, cargo que abandonó al ser elevado por sus conciudadanos a la dignidad episcopal.

Gregorio Nacianzeno, ya desde niño manifestó sumo horror a todo lo que fuera pecaminoso. Como el cordero huye del lobo, así huía él de espectáculos, festines y compañías peligrosas.

Un día, refiere él mismo, advertí cerca de mí dos vírgenes de extraordinaria hermosura y sobrehumana majestad. Podía tomárselas por hermanas. La sencillez y modestia de sus vestidos, más blancos que la nieve, eran su más precioso adorno. A su vista sentí un estremecimiento celestial. Mas cómo manifestar lo que pasó en mi interior cuando ambas cubrieron mi rostro de besos? «Somos, me dijeron, la Sabiduría y la Castidad; nos sentamos junto a Cristo Rey. Síguenos; acepta nuestra ley, y un día te llevaremos a contemplar los esplendores de la inmortal Trinidad».

Con alma y vida se entregó Gregorio a la sabiduría y a la castidad, y merced a ellas pudo progresar en los estudios y acrecentar así su ciencia y su piedad.

El pequeño Gregorio crece bajo los cuidados solícitos de su madre, que le va infiltrando suavemente la doctrina del Evangelio, y, ya en edad de tomar estudios, frecuenta la escuela de Cesarea de Capadocia, más tarde la de Alejandría y por fin la renombrada de Atenas, donde se encontraría con Basilio y contraerían estrecha amistad (de la que hemos hablado ya en la biografía de Basilio).

En Atenas ambos conocen a un joven de ideas desvariadas, perteneciente a la familia del emperador y que pronto había de hacerse tristemente célebre con el nombre de Juliano el Apóstata. De él hizo San Gregorio este pronóstico, que los hechos se encargaron de declarar como profético: «¡Qué monstruo está alimentando en su seno el imperio romano!».

Dicen las doncellas al Santo: —«No te sorprenda, ¡oh Gregorio!, que nos lleguemos a ti y te demostremos cariño, porque has de saber que somos la Sabiduría y la Castidad. Dios nos ha enviado para que tengamos contigo buena amistad y te acompañemos durante toda tu vida. Síguenos».

Unos años maś tarde, después de haber dejado Basilio las escuelas atenienses vuelve también Gregorio a su patria, en el 357, resuelto a dedicarse a la vida de ascesis y dè soledad.

Hacia el 362, bajo presión de la comunidad cristiana, pero contra su voluntad, fue ordenado sacerdote por su mismo padre, a la sazón obispo. Ofendido por tal «violencia», se retiró a la soledad, y allí compuso, para justificarse, la famosa *Apología de la fuga* que trata de la dignidad y honores del sacerdocio.

Poco después aparece en Nacianzo para ayudar con su ministerio a su viejo padre en la dirección de la Iglesia. Por entonces recibió la llamada de su amigo Basilio, quien por haber creado nuevos obispados quería echar mano de él haciéndolo obispo. Gregorio se resiste, pero Basilio le impone las manos, y aunque accedió a ser consagrado por él, no tomó posesión del obispado de Saśima, una de las pequeñas diócesis. «Es la única sosa —dirá después el santo varón— en que no puedo alabar ni alabaré nunca a mi amigo.» ¡Tanto le costaba el desprendimiento de su soledad querida, y tanto le disgustaba toda clase de honores!

San Gregorio, sin embargo, prefiere permanecer al lado de su padre, pero cuando éste muere en el 374, y un poco más tarde su madre Nona, torna de nuevo a la soledad, encerrándose en el monasterio de Santa Tecla, cerca de Seleucia (Isauria).

Una cisrcunstancia especialmente iba a cambiar el rumbo de San Gregorio, habiemdo llegado a los fieles de Constantinopla la fama de su ciencia y de santidad, fue llamado a esta ciudad para restablecer la fe católica y repriimir la insolencia de los arrianos, y accediendo a la apremiante invitación que le hacía tomó el 379 el gobierno y la organización de la comunidad nicena de Constantinopla.

* * *

Con el advenimiento del español Teodosio como emperador la calma vuelve a reinar entre las cristiandades. El mismo Teodosio acompañó a Gregorio a la cátedra episcopal, entre una multitud que le aclamaba delirante.

Por este tiempo pronunció entre otros sus famosos «discursos sobre la Teología». Católicos, herejes y paganos acudían a oírle por su elocuencia y las conversiones se multiplicaban, y los fieles acostumbraban a decir: «Ahora comenzamos a ser cristianos».

Con el fin de asegurar un triunfo tan significado contra el arrianismo, el emperador hace que se reúna un concilio general, que había de ser el segundo ecuméńico de Constatinopla, del año 381. Pero entonces surgen una serie de complicaciones y de intrigas. Los obispos de Egipto y de Macedonia, recién llegados al concilio protestaron la elección de San Gregorio para la silla episcopal de Constatinopla; mas ante las discusiones suscitadas, contento él de que se le ofreciera ocasión para dejar una car-

ga, que siempre consideró pesada, dijo a los obispos: «puesto que mi elección causa borrasca, sea yo Jonás, écheseme al mar para apaciguar la tempestad», y pedido permiso al emperador se despidió de su Iglesia, pronunciando antes de abandonarla un discurso que se hizo célebre, con el título «*Discurso de despedida*» en presencia de los obispos y el pueblo.

Entonces marchó a Nacianzo cuya cristiandad dirigió por algún tiempo y después de conseguir un sucesor, se retiró a Arianzo en 383, y allí terminó sus días entregado a los ejercicios del más severo ascetrismo y a la composición de varios de sus Poemas. Murió el 9 de mayo de 389, después de una vida consagrada enteramente a Dios.

De los Sermones de San Gregorio se conservan 45, ocupando en primer lugar los «Sermones de Teología», que valieron a su autor el sobrenombre de *Teólogo*.

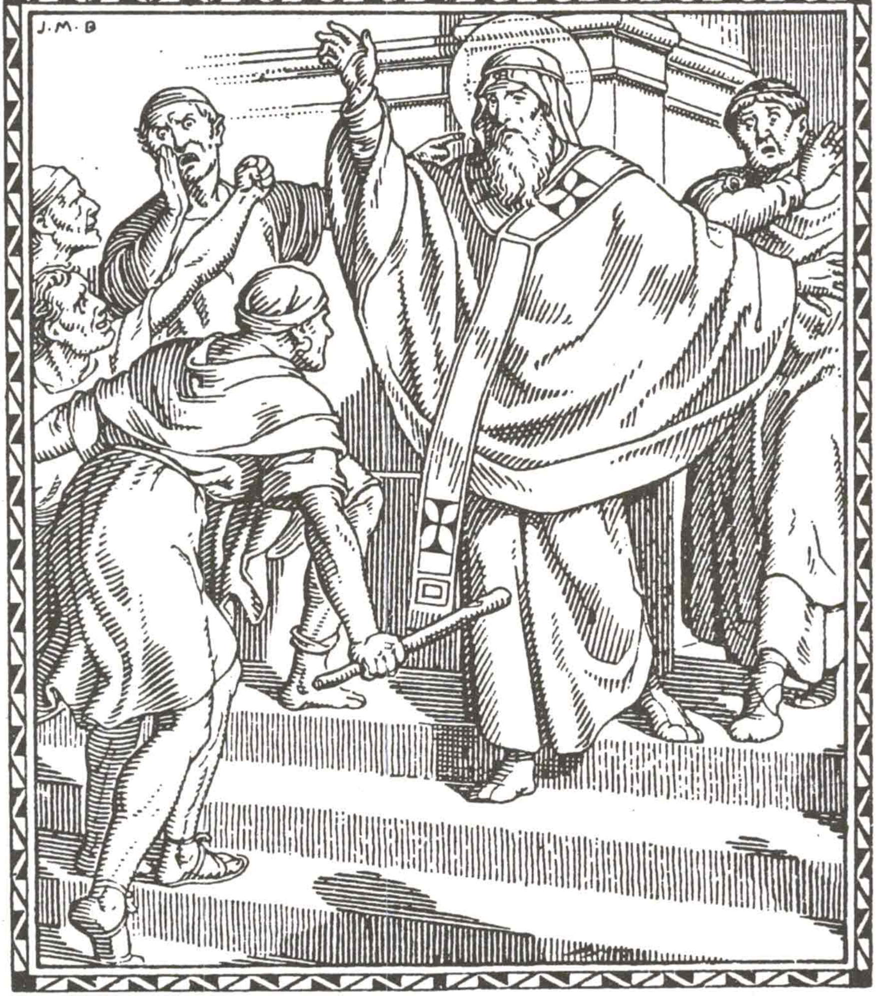
San Juan Crisóstomo

Juan, nacido en Antioquía hacia el año 354, de distinguida familia, obtuvo el sobrenombre de *Crisóstomo* (= boca de oro) por haberse granjeado fama de elocuente orador. Sus contemporáneos y los de épocas posteriores no cesaron de proclamarle «el más grande entre los oradores de la Iglesia griega».

Sus padres, cristianos y de noble condición, se llamaban Segundo, oficial distinguido del ejército de Siria, que murió prematuramente, y Antusa, viuda a los veinte años, mujer muy piadosa, que se negó a casarse en segundas nupcias, para consagrarse al servicio de Dios y a la educación de su único hijo.

Estudió retórica con el célebre maestro pagano Libanio, quien lo apreciaba mucho, y cuando vio que se bautizó y que su madre se lo había robado para su causa, un día hablando de ella, no pudo menos de clamar: «¡Qué mujeres hay entre los cristianos!». También estudió filosofía con el profesor llamado Andragacio...; mas a los 20 años, después de bautizarse, renunció a las esperanzas que podía ofrecerle la carrera del foro y se entregó al estudio de la Sagrada Escritura y a los ejercicios de piedad, manifestando su deseo de ser asceta, penitente y solitario.

Juan Crisóstomo se daba cuenta que para hablar a los hombres con provecho tenía que hablar mucho primeramente a solas, con Dios y prepararse para ser futuro reformador y moralista con la penitencia y el silencio. Su fama de santidad iba transcendiendo. Un día se le acercó su gran amigo Basilio. Venía a decirle que a los dos querían hacerles obispos. En el siglo IV era habitual la intervención del pueblo en la designación de sus obispos. Juan se estremeció. Y, mientras lograba de su amigo que aceptase la carga, él huyó a su amada soledad a orar y hacer penitencia, y allí escribió su tratado *De sacerdocio* en el que ensalza la dignidad



El ministro Eutropio, que de lo más alto de los honores ha incurrido en pública desgracia, está a punto de ser degollado por el populacho y se refugia en el templo. San Juan Crisóstomo detiene a los energúmenos. En días sucesivos apaciguó al pueblo con dos famosas homilías.

sacerdotal y con ellos venía a explicar su negativa a aceptar el episcopado.

Juan cayó enfermo y no tuvo más remedio que volver a la ciudad. Dios lo tenía ya preparado para las arduas y altas empresas que le aguardaban.

En 381 el obispo San Melecio le ordenó de Diácono, y cinco años más tarde San Flaviano le ascendía al sacerdocio, a la vez que le encomendaba el ministerio de la predicación. Doce años le desempeñó en Antioquía con admiración y aplauso de todos, siendo innumerables las homilías sobre el Génesis, Salmos, Job, profetas, evangelistas, etc. Las más célebres homilías fueron 21 que tuvieron lugar el 387 con ocasión de un levantamiento provocado por el aumento de los tributos, durante el cual fueron derribadas las estatuas imperiales... Estas homilías se denominan por esto «de las estatuas».

La fama del que había de ser llamado «el Crisóstomo», debido a su virtud y elocuencia, se extendió por todo el Oriente, y el emperador interviene para que sea llevado a Constatinopla. Esto sucedió el año 397 al morir el Patriarca Nectario, al que sucedió en la silla. Por orden del emperador Arcadio fue llevado con engaño a la capital el célebre orador, que rehuía la elección, y allí se vio obligado a ser consagrado obispo el 26 de febrero del 398.

Su primer cuidado fue arreglar la vida y costumbre de los clérigos, recomendar la honestidad y modestia a las viudas, levantar asilos y hospitales para los pobres, excitar la caridad y misericordia en los ricos, instruir al pueblo en la Sagrada Escritura y en el canto de los salmos, y en fin declamar con libertad santa contra el lujo, los espectáculos y los excesos de los grandes y en general contra todos los desórdenes.

En sus homilías, como ya lo había hecho en las de Antioquía, traza cuadros desgarradores de los pobres, que él mismo había visto extenuados de hambre y medio desnudos. Hizo que muchos ricos se conmovieran, logrando socorrer, permanentemente en la ciudad a cinco mil necesitados.

La Constantinopla del Crisóstomo fue entonces modelo de ciudades limosneras. El arzobispo fue el organizador de la caridad, los que le escuchaban con gusto eran muchísimos y hubo conversiones de paganos y de hertejes...; pero llegó un día en que las cosas fueron cambiando, y esto sucedió cuando en el Sínodo de Efeso depuso a varios obispos simoniacos e incontinentes, cuando clamó contra la corrupción de la corte y la emperatriz Eudoxia se creyó aludida en elgún sermón, y cuando aquel Teófilo de Alejandría que le había consagrado obispo al tomar posesión de la Sede de Constatinopla, se volvió ambicioso y vengativo y veía en el Crisóstomo un rival suyo, y a este fin preparó sus planes para arrojarle de su silla y ser él Patriarca, logrando reunir un concilio donde condenaron al Crisóstomo como reo de lesa majestad y fue depuesto en él.

El emperador lo desterró, y Juan recibió impávido la sentencia; pero al día siguiente, algo misterioso ocurrió en el palacio imperial, un terremoto había causado grande sobresalto en el ánimo de la emperatriz; y volvió del destierro, y a su llegada le hizo el pueblo un recibimiento apoteósico.

Juan Crisóstomo siguió cumpliendo con sus deberes pastorales; pero la libertad apostólica con que él reprendía los vicios de los nobles, acabó por crearle enemigos. La emperatriz Eudoxia, esposa de Arcadio, ávida de riquezas, despidió injustamente a varios súbditos... y naturalmente el Crisóstomo no podía menos de decir la verdad y protestar, como otro día lo hiciere con motivo de la inauguración de una estatua de la emperatriz, con cuyo motivo se tuvieron danzas clamorosas y juegos, que impedían oír sus sermones...

En fin estas circunstancias y los lazos tendidos de sus enemigos consiguieron nuevos destierros... y en el último, después de un interminable y penosísimo viaje, llegó a Comana, en los confines de Armenia, ciudad del Ponto y allí murió a la edad de sesenta ños el 14 de septiembre del 407.

El emperador Teodosio II, hijo de Eudoxia (fallecida a últimos del 404), hizo trasladar los restos, colocándolos solemnemente el 27 de enero del 438 en la Iglesia de los Apóstoles de Constantinopla; en 1204 fueron llevadas sus reliquias a San Pedro de Roma.

La mayoría de sus discursos y en general sus obras son *Homilías,* verdaderos comentarios de la Sagrada Escritura, en los que desentraña el texto sagrado de una manera profunda y práctica a la vez.

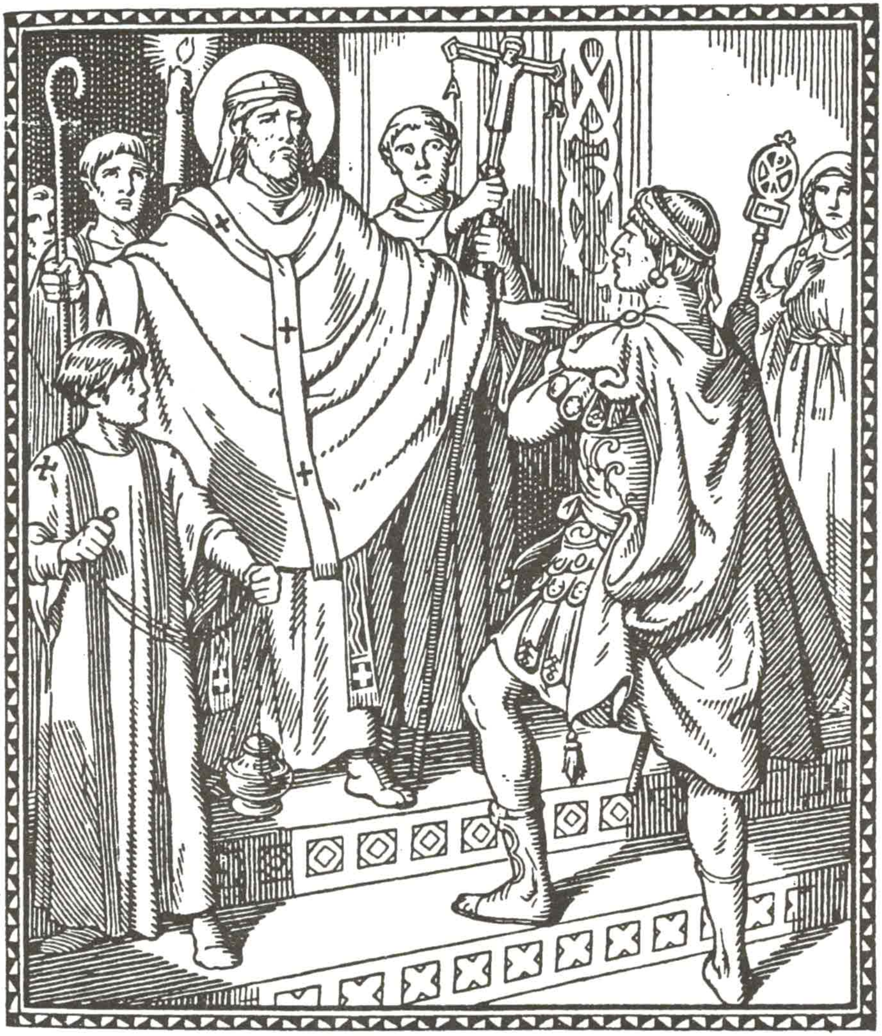
PRINCIPALES SANTOS PADRES OCCIDENTALES

San Ambrosio de Milán

Ambrosio era descendiente de una noble familia romana. Nació hacia el año 340 en Tréveris, donde su padre ejercía la prefectura del pretorio de las Galias. Cuando éste murió, Ambrosio fue llevado de muy niño a Roma con su madre y sus dos hermanos Marcelina y Sátiro, que andando el tiempo serían también venerados como santos.

Ambrosio más tarde fue a Milán donde tuvo una esmerada educación literaria y jurídica, llegando a ser hacia el 370 gobernador de la provincia de Liguria y Emilia con residencia en Milán.

Después de llevar dos años al frente de la Prefectura, muerto el obispo Auxencio de ideas arrianas, como estallaran violentas luchas entre católicos y arrianos sobre cuál habría de ser su secesor, entonces Ambro-



Revestido con los ornamentos pontificales, sale San Ambrosio al encuentro del cortejo imperial, y con voz severa dice: «El asesino de Tesalónica no puede entrar en el templo de Dios con las manos teñidas en sangre inocente». El emperador baja humildemente la cabeza y se arrodilla en el atrio.

sio, como gobernador, temiento el tumulto, se trasladó a la basílica donde se reunieron los obispos vecinos para la elección, y él mismo dirigió la palabra a la multitud exhortándola a esperar tranquila la decisión de los electores, y en un momento de pausa sucedió que se dejó oír la voz vibrante de un niño que clamó por tres veces: «¡Ambrosio obispo!, y los dos bandos repitieron lo mismo, viéndose obligado a aceptar, si bien ensayó varios medios para impedirlo.

Por fin se sometió a los planes de la Providencia. El 30 de noviembre del 374 recibió el bautismo de manos de un obispo católico y ocho días después la consagración episcopal, pasando antes por todos los grados eclesiásticos como afirma su biógrafo.

Su primer cuidado fue desprenderse de todos los bienes que cedió en beneficio de la Iglesia y de los pobres. Y bajo la dirección del sacerdote Simpliciano, que luego le sucedió en el episcopado, se consagró a los estudios teológicos, aplicándose días y noche de un modo especial al estudio de la Sagrada Escritura para mejor instruir a los fieles y combatir a los arrianos. Se dedicó a una vida de rigurosa penitencia, y sus puertas estaban abiertas a ricos y pobres.

Todos los días ofrecía el Santo Sacrificio por el pueblo y le alimentaba con el pan de la divina palabra, y uno de los éxitos de su predicación fue la conversión de San Agustín (véase Conf. 6, 4).

El asunto preferente de sus discursos era la virginidad de la que hizo tan grandes elogios que las madres encerraban a sus hijas cuando el santo predicaba ante el temor de que renunciasen al matrimonio y se consagrasen a Dios. En cambio de otros países y hasta del centro de la Mauritania, adonde llegó la fama de sus discursos, venían a Milán gran número de doncellas a pedirle el velo de la consagración.

En 378 y para redimir a los cautivos que habían caído en poder de los bárbaros fundió los vasos sagrados, y como los arrianos censurasen su conducta les contestó: «mejor es ofrecer a Dios almas que oro». Fue entusiasta defensor de los derechos exclusivos de la Iglesia respeto a los cultos paganos, al arrianismo y otras herejías, y cuando algún emperador se le quería oponer, les decía: «El emperador está dentro del ámbito de la Iglesia, no sobre ella».

La emperatriz Justina, madre del emperador Valentiniano II, se mostró favorecedora del arrianismo y queriendo que los arrianos fueran libres para reunirse en la Iglesia, a esta nueva Jezabel le contestó el santo Doctor: «Nabot no quiso entregar la viña que había heredado de sus padres, ¿y había de entregar yo la herencia de Jesucristo?». Y como se le obligara a comparecer ante Valentiniano para defenderse respondió: «En las causas de fe los obispos juzgan a los emperadores cristianos, no los emperadores a los obispos».

San Ambrosio se hizo respetar de los emperadores, y supo hacer

respetar las leyes de la Iglesia aun al mismo Teodoio I. Cuando éste, a causa de la revolución o sedición de Tesalónica (a. 390), hizo ejecutar a 7.000 personas, Ambrosio le conminó valerosamente por medio de un escrito la enormidad de la culpa y la necesidad de hacer penitencia pública.

Cuando el emperador iba a entrar en la Iglesia, revestido San Ambrosio de ornamentos pontificales, sale al encuentro del cortejo imperial, y con voz severa dice: «El asesino de Tesalónica no puede entrar en el templo de Dios con las manos teñidas en sangre inocente». Entonces el emperador bajó humildemente la cabeza y se arrodilló en el atrio.

De San Ambrosio es esta sentencia tantas veces escrita y oída: *«Ubi Petrus, ibi Ecclesia»:* «Donde está Pedro, allí está la Iglesia». Este santo Doctor, uno de los cuatro principales Padres de la Iglesia latina, murió el 397. Sus restos descansan en la basílica de Milán. Su fiesta se celebra el 7 de diciembre.

Las obras escritas de San Ambrosio son muchísimas, y son exegéticas, morales, ascéticas y dogmáticas. Tiene un tratado «sobre las vírgenes». Causa admiración que haya tenido tanto tiempo para escribir tanto, no obstante su actividad pastoral.

San Agustín

Aurelio Agustín ha sido uno de los hombres más geniales y extraordinarinarios de la Humanidad, «el mejor maestro del orbe católico». Nació el año 354 en Tagaste, pequeña ciudad de Numidia (Africa). Su padre, Patricio, era gentil y recibió el bautismo poco antes de morir. En cambio su madre, Mónica, era modelo de madres cristianas y fue la que le educó en los rudimentos de la religión, y lo primero que le enseñó es hacer la señal de la cruz y a pronunciar el nombre de Jesús. Aquellas lecciones de su madre dejaron huellas imborrables en Agustín.

De pequeño, por dar pruebas visibles de talento fue enviado a estudiar a Madaura y luego a Cartago en donde se entregó a la vida de corrupción que allí reinaba. De una relación ilícita que durara hasta el 384, tuvo un hijo en 372, a quien puso por nombre Adeodato (m. 390).

El *Hortensius* de Cicerón, despertó en su alma un amor por la sabiduría cual no le había inspirado ningún otro libro; una sola cosa le desagradaba, «que el nombre de Cristo no estaba en él». Leyó luego las «Categorías de Aristóteles», pero seguía impaciente por conocer la verdad y se alistó en la secta de los maniqueos, que le prometían tal conocimiento, y al saberlo su madre lloraba y suplicaba a cuantos podían verle que lo apartasen de esa herejía. Entonces un obispo ante quien renovó las instancias, le dijo: «Es imposible que el hijo de tantas lágrimas se pierda».

Agustín volvió a Cartago, abrió cátedra de retórica, y pasado poco tiempo se dio cuenta de los errores de los maniqueos y el tiempo perdido en la secta. Pasó más tarde a Milań para explicar una cátedra también de retórica y allí se encontró con San Ambrosio, obispo de aquella ciudad, y siempre que tenía ocasión iba a oír sus discursos y se alistó entre el número de los catecúmenos hasta que la luz de la verdad le iluminase por completo (Conf. 5, 25).

Ya germinaba en su espíritu el propósito de renunciar al mundo, pero le hacían una furiosa guerra las pasiones, sus antiguas consejeras (Conf. 26). Un día del mes de agosto de 386 como oyese referir la vida de San Antonio y de otros monjes del Egipto quedó profundamente afectado, y dirigiéndose a su amigo Alipio, le dijo: «¿Qué es esto?, ¿qué has oído? Se levantan los ignorantes y conquistan el cielo, y nosotros con nuestra fría ciencia nos revolcamos en la carne y en la sangre».

«Seguido de Alipio retiróse al jardín, y, sentado debajo de una higuera exclamaba (Conf. 8, 28): «¿Hasta cuándo Señor?, ¿hasta cuándo estaréis irritado conmigo?, olvidad mis antiguas prevaricaciones, ¿cuánto tiempo diré mañana, mañana; ¿por qué no ahora? ¿por qué no en este instante? Y entonces oyó a manera de una voz infantil que cantaba *tolle lege, tolle lege* (toma y lee), e interpretando que se le mandaba leer en la Divina Escritura lo primero que en ella encontrase, abrió el libro santo y tropezó con estas palabras de San Pablo: *«No en comilonas ni embriagueces; no en alcobas y deshonestidades, sino vestíos de nuestro Señor Jesucristo»* (Rom. 13, 13-14).

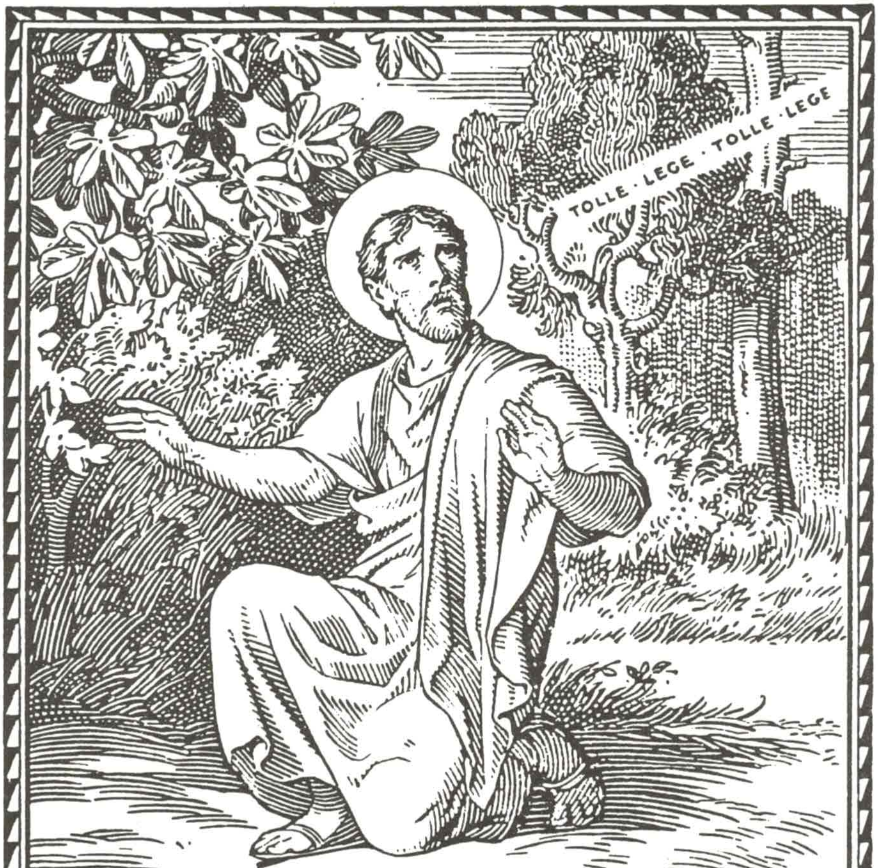
No quiso continuar leyendo, ni fue menester, como él dijo..., recococió que Dios y sólo Dios es el centro de la felicidad. Entonces, y al instante como él dijo: «se disiparon las tinieblas de mis dudas».

Conversión de San Agustín. Después del toque de gracia y pocas semanas más tarde, renunciaba a su cátedra de retórica retirándose a la finca de un amigo suyo situada en las afueras de Casiciaco para prepararse a recibir el bautismo.

A principios de Cuaresma del año 387 volvió a Milań, y en la noche del 24 de abril, vigilia de Pascua recibió el bautismo de manos de San Ambrosio, juntamente con Adeodato y Alipio.

Pasados algunos meses emprendió su regreso al Africa, deteniéndose varios días en el puerto de Ostia para descansar de las molestias del viaje. Una noche que conferenciaba con su santa madre sobre las dulzuras de la felicidad eterna oyó de sus labios estas palabras: «Por lo que a mí hace, hijo mío ya nada me importa la vida porque se me ha realizado la única esperanza que tenía en este mundo; yo suspiraba por verte católico, Dios me lo ha concedido cumplidamente, ¿qué necesidad tengo de vivir más?».

Mónica enfermó gravemente, y como alguien le preguntase si la causaba morir lejos de su patria, exclamó: «Nada hay lejos de Dios, y no es



Oye San Agustín una voz que, cantando, le dice y le repite muchas veces: «¡Toma y lee! ¡Toma y lee!». Entendiendo que Dios se lo manda, toma Agustín el libro, ábrelo y lee una sentencia de San Pablo; con lo cual un rayo de luz penetra su corazón y le deja completamente cambiado.

de temer que no me reconozca al fin de los siglos para resucitarme donde quiera que esté; poned mi cuerpo donde os parezca, únicamente os pido que os acordéis de mí ante el Altar del Señor» (Conf. 9, 23-26, 2)).

Agustín cerró los ojos de su madre, y habiendo mandado ofrecer por ella el sacrificio de nuestra Redención. marchó primeramente a Roma donde compuso varios de sus libros, después a Cartago en el otoño del 388, y últimamente a Tagaste.

Su primer cuidado fue distribuir el patrimonio entre los pobres, reservándose solamente una pequeña finca en la que con varios discípulos y amigos formó una especie de comunidad religiosa, y en ella vivió entregado a la oración y al estudio cerca de tres años, al cabo de los cuales, y en un viaje que tuvo que hacer a Hipona, el anciano obispo Valerio, secundando los deseos del pueblo, le ordenó de Presbítero.

Agustín continuó el género de vida que había comenzado en Tagaste. En un huerto próximo a la iglesia que le cedió su obispo edificó un monasterio que llegó a ser plantel de varones eminentes en ciencia y en virtud, y a imitación del cual se fundaron otros en muchas iglesias de Africa...

En 395 el obispo Valerio le eligió para obispo Coadjutor suyo, y poco después al morir Valerio, Agustín ocupó su sede episcopal, y la vida cenobítica que siendo simple sacerdote había practicado con sus amigos en Tagaste, la continuó ya obispo de Hipona con su clero.

En su mesa modesta, como su vestido, hizo escribir estos versos que prohibía hablar de los ausentes:

> Ninguno del ausente aquí murmure;
> Antes, quien piensa en esto demandarse,
> Procure de la mesa levantarse.

«La actividad de San Agustín como obispo es enorme. Predica, escribe, polemiza, preside concilios, resuelve los problemas más diversos de sus feligreses. Es el oráculo de Occidente. Se le ha llamado "martillo de los herejes": maniqueos, donatistas, arrianos, pelagianos, priscilianistas, etc., fueron cediendo ante el vigor y la claridad de sus refutaciones. Su caridad era tan profunda como su genio. "Ama a Dios, decía, y haz lo que quieras".»

Cargado de días y de merecimientos, mientras los bárbaros invadían el Africa y asediaban a Hipona, muere San Agustín el 28 de agosto del 430.

Las obras que escribió sobre las más diversas cuestiones, son múltiples y conservan peremnidad inmarcesible. Lo que él escribió acerca de la libertad, la gracia, el alma, Dios, la Providencia, el amor, la justicia, el bien y el mal, la fe, la justificación y el concurso, sobre la Trinidad

y la vida bienaventurada, el orden y el pecado, etc. ha pasado a constituir doctrina y fundamento de razón. Su lenguaje apasionado y cálido, expresivo y personal, seduce, convence y conmueve».

Los escritos de San Agustín son de actualidad, no envejecen. Es el gran maestro y pensador del cristianismo.

San Jerónimo

Jerónimo es uno de los que forma el grupo ilustre de los cuatro Santos Padres de la Iglesia latina, reconocido como Doctor Máximo en exponer las Sagradas Escrituras, gran sabio y penitente. Fue admirado por sus contemporáneos como «varón trilingüe» por sus conocimientos del latín, del griego y del hebreo.

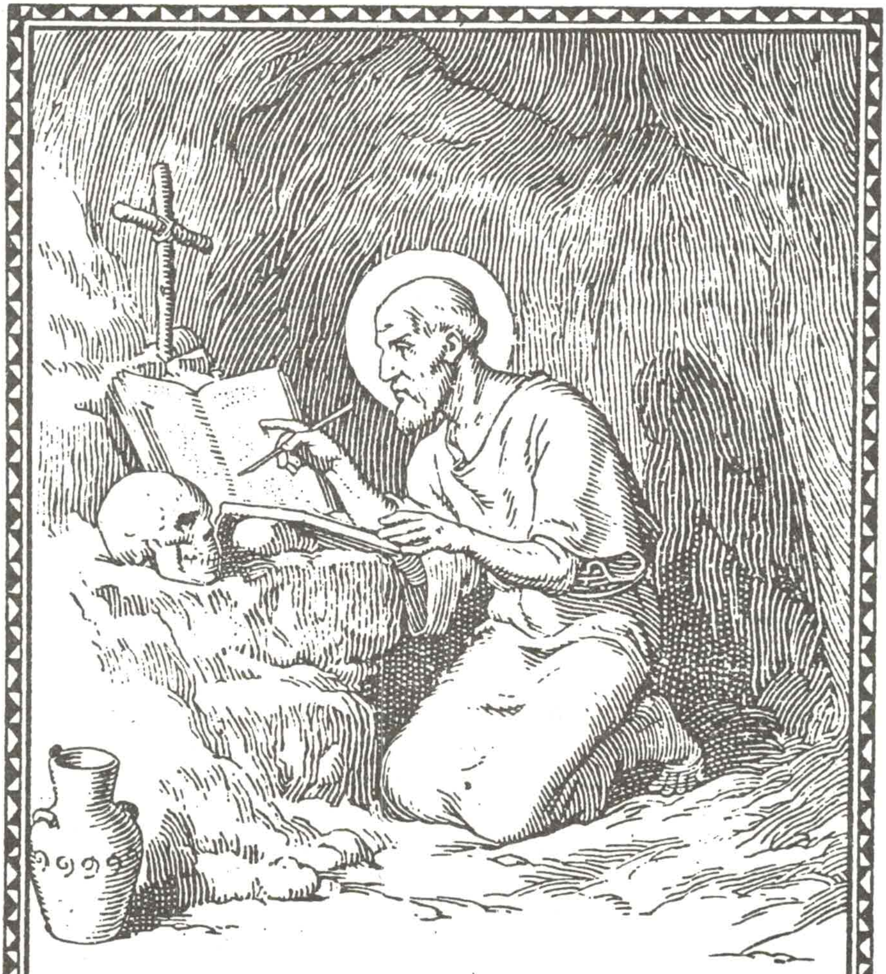
Nació en Estridón (Dalmacia) a mediados del siglo IV. Hoy se cree que la fecha más probable de su nacimiento fue el año 347. Sus padres católicos bien acomodados, lo mandaron a los 16 años a estudiar a Roma. Era el año 363 y allí aprendió la lengua latina, y se aficionó a los estudios de autores profanos, como Cicerón, Virgilio, etc. y adquirió también serios conocimientos de lengua griega, retórica y filosofía.

Jerónimo fue contemporáneo de San Ambrosio, San Agustín, San Gregorio Nacianceno y otros. En Roma, aunque no olvidó sus ejercicios de piedad, pues como él dice visitaba todos los domingos las Catacumbas, sin embargo, como estudiante en Roma, pagó tributo al maléfico ambiente que allí se respiraba, y él relata con verdadero dolor los desvaríos de su juventud; mas a los veinte años ya empieza a hacer penitencia, recibiendo por entonces el bautismo de manos del Papa Liberio.

De Roma pasó a las Galias, sintiendo el deseo de consagrarse totalmente a Cristo y darse a la vida ascética. En Tréveris se detuvo para copiar y estudiar muchos libros de San Hilario de Poittiers y contrajo estrecha amistad con varios clérigos y monjes de Aquileya.

Sobre el año 373 decidió hacer un viaje de peregrinación a Jerusalén, pero una grave enfermedad le obligó a permanecer largo tiempo en Antioquía donde escuchó las conferencias del obispo Apolinar de Laodicea y profundizó en el estudio de la lengua griega. Vivió luego casi tres años (del 375 al 378) haciendo vida de anacoreta en el desierto de Calcis, al este de Antioquía, aprendiendo entre tanto el hebreo.

Cuando el Papa Dámaso reconoció al obispo Paulino de Antioquía (cisma Meleciano!), éste le ordenó de sacerdote (379) y poco después se trasladó de Antioquía a Constantinopla donde escuchaba con gran atención los discursos de San Gregorio Nacianzeno y se entusiasmó por el método exegético de Orígenes. Por entonces (381) tuvo relaciones de amistad con San Gregorio de Nisa.



Retirado en la gruta de Belén, llevando una vida de extremada pobreza y austeridad, San Jerónimo emplea los tesoros de su sabiduría, de su portentoso talento y de su pasmosa laboriosidad, para ilustrar a la Iglesia con sus escritos sobre las Sagradas Escrituras.

Hacia el año 382, invitado por el Papa San Jerónimo se trasladó a Roma. Llegó a ser secretario del anciano Papa y hasta se habló de que sería su sucesor. Recibió el encargo de revisar el texto de la Sagrada escritura, llamada «Itala». Desde entonces no cesó de dedicarse a los trabajos bíblicos, haciendo la versión de la más tarde denominada «Vulgata», que ha estado en uso hasta nuestros días. Corrigió a instancias del mismo Papa, el Salterio según la versión de los Setenta y el Nuevo Testamento en conformidad con los códices griegos.

Por entonces refutó a Helvidio, que negaba la perpetua virginidad de María, explicó la Sagrada Escritura a varones ilustres, e instruía en la piedad y en las Letras sagradas a damas tan nobles como Santa Paula y su hija la virgen Eustoquia, Blesila, Albina, Marcela y muchas otras a quienes persuadió a retirarse del mundo y consagrarse a Jesucristo. Le enseñó el hebreo para que pudieran cantar los salmos en su lengua original y a su programa de penitencia se sometieron gustosas; les aconsejó que tuvieran día y noche el libro sagrado en la mano.

Las murmuraciones fueron surgiendo solapadamente. Jerónimo ajeno a la tempestad que le rodeaba, quiso corregir los escándalos que veía a su alrededor. En la *Carta sobre la virginidad,* que escribió a su discípula Eustoquia, lanzó críticas mordaces sobre los abusos del clero romano. La tormenta estalló cuando murió la joven Blesila, otra hija de Paula. En sus funerales, el público gritó contra «el detestable género de los monjes» y le acusó de haber provocado con los ayunos la muerte de la amable y noble joven.

Entonces determinó Jerónimo abandonar Roma (385), y por segunda vez emprende el camino de Jerusalén. Paula y Eustoquia le siguen de allí a poco. El año 386 se establecieron definitivamente en Belén, y allí rodeado de una magnífica biblioteca que había llevado consigo al salir de Roma, el sabio penitente seguía leyendo y escribiendo día y noche sobre la Biblia y temas relacionados con ella.

El rico patrimonio de Paula permitió levantar tres monasterios de mujeres y uno de hombres dirigido por Jerónimo, mientras que los tres citados estaban bajo el gobierno de Paula.

La permanencia en Belén de Jerónimo duró treinta y cuatro años y fue una continua e incansable actividad literaria, y en la gruta de Belén llevó una vida de extremada pobreza y austeridad. Lienzos y estatuas en iglesias y museos nos presentan al santo semidesnudo, golpeando con una piedra su pecho, el león a sus pies, la cueva por habitación, la soledad por paisaje. ¿Era la manera de reprimir la concupiscencia? El hecho es que aquellas vehementes tentaciones desaparecieron pronto; tan pronto como comenzó en serio el estudio del hebreo y de las Sagradas Escrituras.

Contra la santidad de San Jerónimo han querido oponer algunos su

temperamento irascible y sanguíneo, pues a veces aparece fogoso y violento, áspero y mordaz, y a veces hasta ofensivo en la polémica con sus adversarios; pero si bien lo observamos en los que parecen insultos personales hay mucho de retórica para desarmar con el ridículo al hereje. Además el tono oratorio se presta a exagerar las frases para que produjeran mayor efecto en los lectores. Lo que no podemos poner en duda es de la buena intención con que San Jerónimo luchó siempre en defensa de la ortodoxia, de la virginidad y del ascetismo.

Precisamente en sus cartas de Belén y en las homilías que predicaba a los monjes no aparece tan irónico, sino más moderado, más humano y deseoso de vivir en paz. Igualmente en la bella *Epístola a Nepociano* sobre los deberes de los clérigos, las cartas de dirección a monjes y vírgenes, forman una corona de prudentes consejos y sabias enseñanzas. A Nepociano decía: «Impone solamente el modo de ayunar que puedas tolerar... Por experiencia he aprendido que el asnillo, cuando se fatiga en el camino, busca el pesebre»...

No cabe duda que San Jerónimo es el más docto de los Padres latinos y el mayor erudito de su tiempo. Por haber combatido a los pelagianos, estos herejes se vengaron quemándole los monasterios. El pudo salvar milagrosamente y murió en la paz del Señor el 30 de septiembre del año 420.

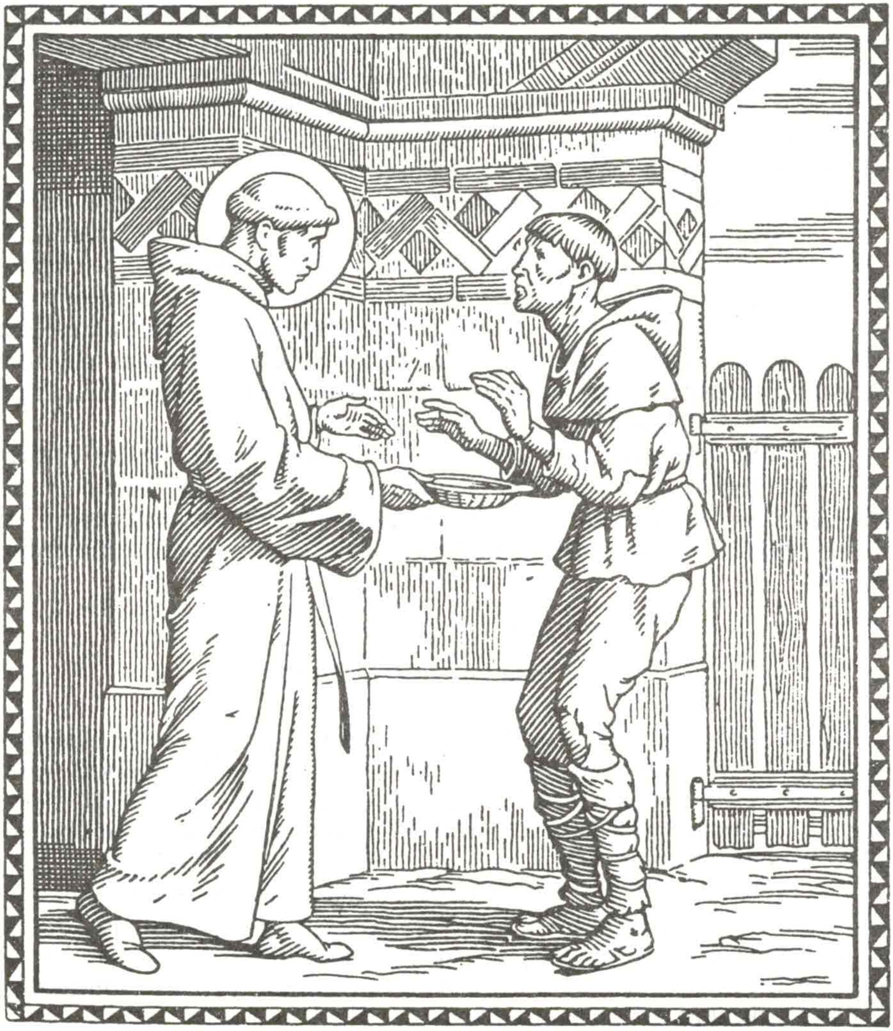
San Gregorio Magno

En el siglo VI cuando la desolación invadía Roma y eran tiempos de inseguridad y de continuas guerras, dispuso la divina Providencia, que surgiera un Papa de una extraordinaria autoridad y prestigio. Este Papa fue *Gregorio,* llamado *el Magno,* o sea, *el Grande,* por los muchos hechos realizados en su pontificado.

Nació hacia el año 540 de una familia de la nobleza romana. Sus padres el senador Gordiano y la noble Silvia eran hondamente cristianos. La Iglesia venera en los altares a varios miembros de su familia: a sus padres y a sus tías Tarsila y Emiliana, que desde jóvenes consagraron a Dios su virginidad.

Gregorio se formó en las escuelas de su tiempo. Cursó derecho y llegó a ser prefecto de Roma en 572. Sus años eran de continuos asaltos y guerras. Durante su niñez asistió a la entrada de Totila, rey de los godos, en Roma (546) y a los asaltos de éstos a la ciudad en 549, a los últimos juegos circenses en el Circo Máximo. Gregorio vivió con intensidad la tragedia desgarradora de Italia, arrasada por las invasiones de los lombardos, y de Roma en ruinas.

Las descripciones de San Gregorio y de historiadores de quel tiempo



Por tercera vez se presenta un mercader arruinado solicitando dinero. No habiéndolo en el convento, San Gregorio, su abad, entrega al pobre una taza de plata que estimaba en mucho, porque todos los días su madre le mandaba en ella algunas legumbres cocidas, pero sin sazonar, que constituían su único alimento.

aún impresionan. «Por todas partes vemos luto —dice el Santo—, por todas oímos gemidos. Las ciudades están saqueadas; los castillos demolidos; la tierra reducida a desierto. En los campos no quedan colonos ni en las ciudades se encuentran apenas habitantes... Los azotes de la justicia de Dios no tienen término, porque tantos castigos no bastan a corregir los pecados... ¡A qué bajo estado ha descendido aquella Roma que otras veces era señora del mundo!... ¿Dónde está el sentido? ¿Dónde está el senado? ¿Dónde el pueblo?...»

Gregorio, después de la muerte de su padre, determinó abandonar el mundo (575)... y vino a cambiar el vestido de púrpura de gobernador por el humilde saco de un monje: transformó en monasterio su palacio del monte Celio y fundó otros seis monasterios en las posesiones patrimoniales de Sicilia. La vida ascética a que se entregó en aquel tiempo fue tan rigurosa que su salud quedó quebrantada para siempre. Durante aquellos años se dedicó con intensidad al estudio de la Sagrada Escritura, buscando la contemplación y la compunción de corazón.

También estudió con interés especial las vidas ejemplares de los monjes de Occidente. De ahí habría de salir en el futuro su obra: El libro de los Diálogos, con el título: *«Diálogos de la vida y milagros de los Padres itálicos»*. No le duró mucho tiempo esta vida de feliz contemplación.

A los cuatro años de paz monacal el Papa Benedicto I le sacó de su celda para nombrarle Cardenal diácono o regionario de Roma, y su sucesor Pelagio II lo mandó nuncio apostólico a Constantinopla, donde desempeñó el cargo hasta el 585, a pesar de las difíciles circunstancias. A su regreso a Roma se incorporó al monasterio, siendo al mismo tiempo consejero del Papa.

Cuando el Papa Pelagio murió, víctima de la peste que se extendió por Roma, en 590, fue elegido para sucederle Gregorio, no obstante su enérgica resistencia. Sus catorce años de gobierno entran dentro del marco de la Historia universal.

Al principio de su pontificado publicó la *Regula pastoralis,* que llegó a ser durante la Edad Media el código de los obispos, lo mismo que la regla de San Benito era el código de los monjes. «Importa, dice en uno de los párrafos de la "Regla Pastoral", que el pastor sea puro en sus pensamientos, intachable en sus obras, discreto en el silencio, provechoso en las palabras, compasivo con todos, más que todos levantado en la contemplación...» Para él, gobernar es el destino más alto de un hombre, y el gobierno espiritual es el arte de las artes *(ars artium regimen animarum).*

Dio un gran prestigio al Pontificado como San León Magno, renovó el culto y la liturgia y la reforma que más fama le ha dado es la del llamado canto gregoriano. La acción del Santo se extendía a todas partes. Su epistolado consta de 850 Cartas y en él se tocan multitud de asuntos canónicos y administrativos con un sentido de humanidad, justicia, de-

fensa de los humildes, etc. Gracias a las cartas, el pontificado del Santo es uno de los mejor conocidos de la antigüedad.

Su acción pastoral se extendió a Africa, a Francia, pero acaso la página más gloriosa del pontificado de San Gregorio en el aspecto misionero, sea la conversión de Inglaterra. En 595 encomendó al presbítero Cándido comprar esclavos anglosajones de diecisiete a dieciocho años para educarlos en un monasterio cerca de Roma. Su ilusión era «hacer ángeles de los anglos»...

Por entonces se iba acentuando la tirantez entre Roma y Constantinopla, y Gregorio, lo mismo que sus predecesores, protestó porque el Patriarca de Constantinopla, Juan el Ayunador, ostentaba el título, por mucho tiempo usado de «ecuménico». Gregorio rehusó designarse con el equivalente título de «universalis papa», y tomó entonces para sí el humilde de «Siervo de los siervos de Dios», del que después han usado todos los Romanos Pontífices...

En los últimos años de su vida San Gregorio estuvo casi continuamente enfermo muriendo en 12 de marzo de 604.

San Gregorio como escritor es el más fecundo de los papas medievales y uno de los cuatro doctores de la Iglesia Occidental con San Ambrosio, San Agustín y San Jerónimo. Fue el gran moralista de la Edad Media. San Ildefonso de Toledo hace de él un magnífico elogio, pero basta el título de *Grande* con que le distingue la Iglesia.

LISTA DE LOS TREINTA Y DOS DOCTORES DE LA IGLESIA

En esta lista que ponemos a continuación se enumeran los 32 que han sido declarados DOCTORES por la Iglesia, perteneciendo algunos de ellos a la época de los Santos Padres, es decir que son a la vez PADRES Y DOCTORES.

La época de los Santos Padres de la Iglesia de Occidente se cierra con San Isidoro de Sevilla, muerto en el 636, y la de los griegos o Padres de la Iglesia de Oriente termina con San Juan Damasceno, muerto en el 749. A partir, por tanto, de éstos o de la época patrística, todos los demás (de los que haremos breve biografía) son solamente los considerados como Doctores de la Iglesia. La fecha que figura al final de cada nombre es la de su muerte.

— San Hilario, 367.
— San Atanasio, 373.
— San Efrén, 379.
— San Basilio, 379.

— San Cirilo de Jerusalń, 386.
— San Gregorio Nacianzeno, 390.
— San Ambrosio, 397.
— San Juan Crisóstomo, 407.
— San Jerónimo, 420.
— San Agustín, 430.
— San Cirilo de Alejandría, 444.
— San Pedro Crisólogo, 450.
— San León Magno, 461.
— San Gregorio Magno, 604.
— San Isidoro de Sevilla, 636.
— San Beda, el Venerable, 735.
— San Juan Damasceno, 749.
— San Pedro Damián, 1072.
— San Anselmo, 1109.
— San Bernardo, 1152.
— San Antonio de Padua, 1231.
— San Buenaventura, 1274.
— Santo Tomás de Aquino, 1274.
— San Alberto Magno, 1280.
— Santa Catalina de Siena, 1380.
— Santa Teresa de Jesús, 1582.
— San Juan de la Cruz, 1591.
— San Pedro Canisio, 1597.
— San Roberto Belarmino, 1621.
— San Lorenzo de Brindis, 1621.
— San Francisco de Sales, 1622.
— San Alfonso M.ª de Ligorio, 1787.

San Hilario de Poitiers

San Hilario es padre y Doctor de la Iglesia, nació en la ciudad de Poitiers, en Francia hacia el año 315, de familia ilustre, pero pagana. El mismo nos refiere cómo se obró su conversión: «Consideraba, dice, si la felicidad del hombre consistiría en el ocio y en las riquezas, pero luego comprendí que debía hallarse en alguna cosa más alta y la coloqué en la práctica de la virtad y en el conocimiento de la verdad. Aunque esto ya me halagaba más no me satisfacía por completo, mi alma suspiraba por conocer a Dios, autor de todo bien, el cual no podía ser sino uno, eterno e inmutable y nada parecido encontraba en las divinidades paganas.

Abismado en estos pensamientos leí casualmente estas palabras de los Libros de Moisés: *«YO SOY EL QUE SOY. Así responderás a los hijos de Israel: YO SOY me manda a vosotros»* (Ex. 3, 14).

Admirado Hilario de que Dios es «el que es» el ser por esencia y eterno, sin principio ni fin, llevaba todavía más allá sus deseos y hubiera querido que estos sentimientos que tenía acerca de Dios y la buena vida y costumbres tuviesen una recompensa eterna, «pero, aunque esto, dice él, me pareciera muy propio de la bondad de Dios, la consideración de mi debilidad me hacía temer».

Hilario fue hombre de una vasta cultura filosófica y literaria, y llegó al estudio de las Sagradas Escrituras buscando solución al problema de la existencia, y cuando aprendió en la doctrina de los apóstoles y particularmente en el principio del Evangelio de San Juan que Dios tenía un Hijo eterno y que éste se había hecho Hombre a fin de que el hombre llegase a ser hijo de Dios, San Hilario comprendió que se le prometía más de lo que se había atrevido a esperar y recibió el bautismo juntamente con su mujer y su hija Abra a quien más adelante exhortó a guardar virginidad perpetua.

Hacia el año 353 y con aplauso de todo el pueblo fue elegido obispo de Poitiers viviendo todavía su esposa, pero de la que se separó conforme a la disciplina de la Iglesia, y uno de sus primeros cuidados fue oponerse a los que querían introducir el arrianismo en Occidente, y de cuya comunión se separó, siguiendo su ejemplo casi todos los obispos de las Galias, y por esto el emperador Constancio le desterró al Asia Menor. Allí pasó los años 356 al 359 elaborando su obra maestra teológica «De Trinitate». Por ser acérrimo adversario del Arrianismo se le ha apellidado el «Atanasio de Occidente».

Después de un destierro de cuatro años, volvió a su patria, y «la Galia entera, dice San Jerónimo, abrazó al héroe que volvía del combate, victorioso y con la palma en la mano. Falleció el 367, y Pío IX le otorgó el 1851 el título de «Doctor de la Iglesia universal».